

Estudiar el estado

Joel S. MIGDAL *

Resumen: A lo largo del siglo XX los asuntos centrales para los politólogos dedicados a la política comparada han cambiado muy poco. Desde Weber y Gramsci hasta Almond, Verba o Skocpol, sus preocupaciones se han centrado en por qué la gente obedece y qué tipo de estructuras y culturas facilitan la obediencia y el comportamiento conformista. Los elementos que los politólogos han singularizado en sus investigaciones como las claves para comprender la obediencia y la conformidad han incluido a los sospechosos habituales: los parlamentos, las burocracias, el liderazgo gubernamental, los tribunales y las leyes, y la policía y los militares. Estos forman las partes constitutivas y los parámetros de la estructura compleja y de alguna manera escurridiza a la que llamamos estado moderno —la montaña que tarde o temprano todos los politólogos tienen que escalar—.

Palabras clave: estado, política, sociedad, gobierno, poder

Studying the state

Joel S. MIGDAL *

Abstract: Over the course of the twentieth century, comparative political scientists' core questions have changed very little. From Weber and Gramsci to Almond, Verba and Skocpol, their concerns have centred on why people obey and on what sorts of structures and cultures facilitates obedience and conformist behaviour. The elements that political scientists have singled out for investigation as the key to understanding obedience and conformity have included the usual suspects: parliaments, bureaucracies, governmental leadership, courts and law, and police and military. These form the constituent part and parameters of that complex and somewhat elusive structure called the modern state —the mountain that all political scientists sooner or later must climb.

Key Words: state, politics, society, government, power

A lo largo del siglo XX los asuntos centrales para los politólogos dedicados a la política comparada han cambiado muy poco. Desde Weber y Gramsci hasta Almond, Verba o Skocpol, sus preocupaciones se han centrado en por qué la gente obedece y qué tipo de estructuras y culturas facilitan la obediencia y el comportamiento conformista¹. Los elementos que los politólogos han singularizado en sus investigaciones como las claves para comprender la obediencia y la conformidad han incluido a los sospechosos habituales: los parlamentos, las burocracias, el liderazgo gubernamental, los tribunales y las leyes, y la policía y los militares. Estos forman las partes constitutivas y los parámetros de la estructura compleja y de alguna manera escurridiza a la que llamamos estado moderno —la montaña que tarde o temprano todos los politólogos tienen que escalar.

En las páginas que siguen señalaré numerosos puntos centrales. En primer lugar, en la próxima sección argumentaré que, a pesar de los ataques al estado desde varias direcciones éste seguirá siendo central para el estudio de la política comparada en pleno siglo XX. En segundo lugar, en parte debido a la desmesurada influencia de Weber en el estudio del estado, diversas perspectivas —culturalista, racionalista e institucionalista— han tendido a aislarlo como objeto de estudio, escrutando dentro de sus entrañas y estudiando minuciosamente su organización para comprender cómo alcanza su éxito consiguiendo obediencia y conformidad de su población. Sostendré que esta clase de aislamiento analítico del estado ha conducido a la mistificación de sus capacidades y de su poder. Finalmente, si deseamos desarrollar una forma más útil para acercarnos al estado necesitaremos reconocerlo como el “estado limitado”. Conseguir esto significará combinar la perspectiva culturalista en gran parte ignorada con el enfoque institucionalista más dominante, así como desplazar el enfoque analítico del estado como organización autónoma hacia una perspectiva del estado en la sociedad en términos de proceso.

Retórica y realidad de los estados modernos

No es sorprendente que el estado se convirtiera en algo central para el estudio de la política comparada durante los siglos XIX y XX. Mientras que los retos globales y transnacionales a la autoridad del estado han sido evidentes a lo largo de este

¹ Véase por ejemplo WEBER, Max, *Theory of Social and Economic Organization*, Free Press, Nueva York, 1964; GRAMSCI, Antonio, *Selections from the Prison Notebooks*, Quintin Hoare y Geoffrey N. Smith, International Publishers, Nueva York, 1971; ALMOND, Gabriel A. y VERBA, Sydney, *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*, Princeton University Press, Princeton, 1963; SKOCPOL, Theda, *States and Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia and China*, Cambridge University Press, Nueva York, 1979.

periodo, particularmente a finales del siglo XX, el estado —esa organización que se extiende descontroladamente reclamando soberanía territorial— ha sido la forma dominante de organización del poder político. Por supuesto, hacia el principio del siglo XIX, los estados se convirtieron en “los únicos elementos constitutivos del sistema internacional excluyendo a los otros”², lo cual aún sigue siendo ampliamente cierto hoy en día³. La misma existencia del estado fue parte integral de la gran transformación que trajo la modernidad, que preocupó a Marx, a Weber y a tantos otros importantes pensadores.

¿Qué es lo que hace moderno al estado moderno? Sirviendo tanto a los ideales de la Ilustración como a las necesidades del capitalismo moderno, el estado moderno ha sido construido con el fin de crear una uniformidad o universalidad dentro de sus fronteras para vivir. Weber sólo se preocupó de esta dimensión de los estados en su lamento sobre la jaula de hierro. A diferencia de la mayor parte de las estructuras políticas premodernas, el estado ha buscado imponer una conformidad máxima e uniforme sobre la vida social dentro de unas fronteras extensas (y aún así circunscritas): sus líderes han buscado obediencia incluso en los ámbitos más personales de interacción social, desde establecer con quién uno puede compartir cama hasta cómo se debe enterrar a los muertos. La adhesión hacia estos tipos de normas sociales no era algo nuevo, pero las reivindicaciones de una única organización centralizada para implementar estas normas sobre una gran extensión territorial eran un hecho novedoso en casi todas partes donde se llevó a cabo. Y efectivamente, se pueden indicar casos reales en los que este tipo de microrregulación ha sido alcanzada con éxito. Sorprendentemente, algunos estados han sido capaces de recaudar de las ganancias anuales de la población la cantidad equivalente a todo el trabajo que hubieran realizado entre abril y mayo, o incluso a veces hasta junio de ese año, y confiscarles sus hijos por unas treinta horas semanales, metiéndoles en una institución estatal. Los líderes políticos premodernos no podrían haber imaginado objetivos tan audaces.

Ahora, que uno considere los altos impuestos y la educación pública obligatoria como justificados o no, la capacidad de algunos estados para realizar estas actuaciones sobre amplios territorios de forma bastante uniforme es verdaderamente notable. Sólo por esta razón, los estados se deberían mantener

² SPRUYT, Hendrik, *The Sovereign State and Its Competitors: An Analysis of System Change*, Princeton University Press, Princeton, 1994, p. 3.

³ JACKSON, Robert H. y JAMES, Alan (eds.), *States in a Changing World: A Contemporary Analysis*, Clarendon Press, Oxford, 1993, ps. 6-11.

como piezas centrales de los estudios de política comparada bien entrado el siglo XX. Otros factores importantes también sugieren que el escrutinio del estado continuará dominando en las próximas décadas pero muy probablemente con un tipo de agenda de investigación muy diferente. En Europa occidental, el mismo lugar de nacimiento del estado, los debates han llevado a una contienda sobre la adecuada distribución de poderes entre los viejos estados y la Unión Europea. En otros lugares, en lo que antes era el Tercer Mundo y el Bloque comunista, el final de la década de los ochenta y la de los noventa han traído la desintegración simultánea de los estados existentes y el nacimiento de otros nuevos.

La desaparición de los estados viejos ha incluido a los sólidos como una roca, como en el caso de la Unión Soviética, así como las pajas más frágiles, como Somalia, Liberia y Afganistán. La última década ha sido la primera vez en más de medio siglo en que algunos estados simplemente han desaparecido del mapa del mundo. Al mismo tiempo hemos sido testigos de la creación de una pandilla de nuevos estados, la mayoría, declaraciones de independencia desde el final de la era colonial hace unos treinta y cinco años. Desde Kirguizistán hasta Croacia, desde Eritrea hasta Palestina, nuevos estados y aspirantes a estado se han impuesto en el sistema internacional existente. Los líderes de los nuevos estados han hecho las mismas demandas de territorialidad, soberanía, autonomía e independencia que marcó la retórica de los estados anteriores. Y han hecho llamamientos similares a la obediencia de sus poblaciones, para gobernar sobre las minucias de la vida personal, tal y como hicieron sus precursores. Sin embargo, en el mismo momento en que las autoridades han proclamado la inviolabilidad de la soberanía de sus nuevos estados, las fuerzas globales se han metido en las prerrogativas hasta de los estados más arraigados⁴. Desde las constricciones formales impuestas por el Fondo Monetario Internacional o las convenciones internacionales sobre medio ambiente hasta las presiones sutiles (o en ocasiones, no tan sutiles) que provienen del vasto incremento de los flujos de capital, han surgido nuevas fuerzas que han dado a la palabra soberanía un aspecto de segunda mano⁵. Todos estos cambios de

⁴ ELKINS, David J., *Beyond Sovereignty: Territory and Political Economy in the Twenty-First Century*, University of Toronto Press, Toronto, 1995.

⁵ Véase por ejemplo en: CAMILLERI, Joseph A. y FALK, Jim, *The End of Sovereignty? The Politics of a Shrinking and Fragmenting World*, Edward Edgar, Brookfield, 1992; DUCHACEK, Ivo D., LATOUCHE, Daniel y STEVENSON, Garth, *Perforated Sovereignties and International Relations: Trans-Sovereign Contacts of Subnational Governments*, Greenwood Press, Nueva York, 1988; ERFANI, Julie A., *The Paradox of the Mexican State: Rereading Sovereignty from Independence to NAFTA*, Lynne Rienner, Boulder, 1995; GOTTLIEB, Gidon, *Nations Against State: A New Approach to Ethnic Conflicts and the Decline of Sovereignty*, International Publishers, Nueva York, 1971; KELLER, Edmond J. y ROTHCHILD, Donald, *Africa in the New International Order: Rethinking State Sovereignty and Regional Security*, Lynne Rienner, Boulder, 1996; KUEHLS, TOM, *Beyond Sovereign Territory: The Space of Ecopolitics*,

finales del siglo XX forzarán a los politólogos a observar mucho más de cerca de los estados⁶. Las viejas definiciones de los estados como detentores del monopolio sobre los medios coercitivos, como configuradores del dominio público, o como actores coherentes con una amplia autonomía, vendrán a someterse a un minucioso escrutinio. Una conclusión certera es que la mayoría de los estados, si no todos, no han estado a la altura de sus primeras promesas o, incluso a las caracterizaciones académicas de ellos. La gran retórica de los estados, hasta los menos estables, así como las esperanzas sobre las habilidades del estado generadas en la literatura académica, han oscurecido los fallos de las instituciones y de las políticas públicas. Las presunciones de los líderes políticos, e incluso de las teorías de ciencia política —que los estados podrían imponer una ley uniforme y universal, inducir el desarrollo económico, ocuparse del abuso de mujeres y niños, moldear el comportamiento cotidiano de aquellos dentro de la sociedad a través de políticas públicas y mucho más— no han logrado simplemente eliminar el problema de conseguir conformidad y obediencia. Si acaso, al poner el listón tan alto en términos de lo que los estados deberían y podrían pedir de forma correcta a aquellos a los que gobiernan, los líderes y los académicos han conseguido subrayar la disparidad entre los objetivos de los estados y sus logros.

Esta distancia es la costra que los politólogos de la política comparada rascarán según exploran los asuntos que se extienden desde las políticas de liberalización económica hasta la regulación de la inmigración pasando por el predominio de actitudes cívicas en una población dada. A medida que transcurre el siglo XXI, el estado seguirá en el centro de la escena, pero serán cada vez más las dificultades del estado para lograr la conformidad y la obediencia las que deberían de atraer el interés de los politólogos de la política comparada. Si quieren comprender la gran distancia que separa la retórica del estado y su rendimiento, sus viejas imágenes de tipos ideales de estados capaces de imponer con éxito la uniformidad, capaces de construir una jaula de hierro, necesitan ser reemplazadas por teorías que comiencen con las limitaciones de los estados reales.

University of Minnesota Press, Minneapolis, 1996; LYONS, Gene M. y MASTANDUNO, Michael (eds.), *Beyond Westphalia? State Sovereignty and International Intervention*, John Hopkins University Press, Baltimore, 1995; SHAPIRO, Michael J. y ALKER, Hayward R., *Changing Boundaries: Global Flows, Territorial Identities*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1996.

⁶ Los filósofos han regresado también a la cuestión del estado. Véase en SANDERS, John T. y NARVESON, Jan (eds.), *For and Against the State: New Philosophical Readings*, Rowman and Littlefield, Lanham, 1996.

Desde hace dos décadas ya, los politólogos han aislado al estado como tema de investigación⁷. A través de una variedad de lentes y enfoques, han estudiado intensivamente esta estructura distintiva de la edad moderna. La literatura ha destacado más en la investigación sobre el mundo no-occidental, en gran parte debido a la aparición de muchos estados nuevos en Asia y África tras la Segunda Guerra Mundial. Una buena parte de las investigaciones se han centrado en lo que algunos politólogos han denominado el estado desarrollista, mirando especialmente a la construcción del estado o a las habilidades del estado. Pero libros como el de Krasner, *Defending the National Interest*, abrieron el camino también para los casos norteamericanos o europeos.

Mi punto de vista en las siguientes páginas es que este tipo de investigaciones —que aíslan al estado como tema de estudio, centrándose primero en su estructura y sólo entonces en cómo se sitúa en un mundo de otras estructuras— han llevado demasiado a menudo a una mistificación del estado y de sus habilidades. En la próxima sección revisaré cómo los politólogos han abordado la estructura del estado usando diversas perspectivas. Me fijaré aquí en cómo los enfoques culturalistas y racionalistas fueron bastante marginales para el estudio de la estructura del estado tal y como floreció a finales de la década de 1970 y principios de la de 1980. Fue más bien la perspectiva estructural sistémica la que hizo rendirse a sus pies a los politólogos hace dos décadas. Pero la brecha entre la retórica y la realidad, entre la imagen de los estados todopoderosos y la diversidad de prácticas de los estados reales, ha llevado también a la desilusión con este enfoque. Los comparatistas se han movido cada vez más hacia una perspectiva de “instituciones” sobre el estado que es mucho menos determinista y más abierta a la diversidad de los resultados.

En la siguiente sección comenzaré argumentando que centrarse en la estructura, en el estado aislado, es insuficiente. Si queremos comprender las limitaciones inherentes de los estados debemos desarrollar un enfoque sobre el *proceso*, uno que comience con la red de relaciones entre ellos y sus sociedades. En el corazón de los éxitos y los fracasos del estado moderno, especialmente con respecto a la capacidad de obtener obediencia, está la naturaleza de sus relaciones

⁷ A este respecto, han sido fuertemente influidos por Weber, quien enfatizó insistentemente la necesidad de estudiar el “poder de mando”. Rodney Barrer, en su discusión sobre Weber, observó que “la autoridad proviene de un autor que es tanto su poseedor como su origen”. BARKER, Rodney, *Political Legitimacy and the State*, Oxford University Press, Nueva York, 1990, p. 50. Weber nos dirigía hacia la autoridad del estado, vista a través de su estructura y prácticas.

con aquellos a los que afirma gobernar. El acoso a los estados tanto por parte de la economía global y los sistemas de información, como por los retos de las organizaciones supranacionales como la Unión Europea o por los efectos de desintegración de las fuerzas tribales y étnicas virulentas, todos han afectado profundamente a la relación entre los estados y sus poblaciones.

El punto de partida para analizar el proceso en este ensayo es el compromiso del estado contemporáneo con las personas dentro de sus fronteras. Usando, de nuevo, distintas lentes de colores, particularmente las de los culturalistas y las de los institucionalistas, revisaré cómo los académicos han concebido los estados y la relación con sus poblaciones. El argumento se centrará en cómo una paradoja básica en esa relación reclama un movimiento hacia una comprensión diferente del estado, una que comience con sus cualidades limitadas y cercenadas. Solamente añadiendo un enfoque culturalista a la perspectiva de “instituciones” prevaleciente, se podrá desplazar en el siglo XXI el estudio de los estados hacia teorías que expliquen las variedades de soberanía y capacidades limitadas que encontramos en los casos actuales.

Explicar cómo está constituido el estado

La perspectiva culturalista

De las tres lentes que se usan comúnmente en los estudios de política comparada —culturalista, racionalista e institucionalista— la perspectiva culturalista ha sido, de lejos, la que ha tenido el menor impacto sobre el estudio de por qué los estados se desvanecen tal y como lo hacen. Sólo un número limitado de estudios de ciencia política han usado este enfoque para investigar la construcción del estado o las habilidades del estado. Como dijo un investigador, “Bajo todas las formas la ‘cultura’ es el pariente pobre de la ‘estructura’”⁸. Otro afirmó que “el estudio sistemático de la política y de la cultura está moribundo”⁹. En la investigación de Marc Ross sobre la política y la cultura se encuentran pocas menciones al estado¹⁰. Ninguna de las cinco contribuciones que presenta, en las cuales la cultura ha contribuido al análisis político comparado, aborda el asunto de la construcción del

⁸ ARCHER, Margaret S., “The Myth of Cultural Unity”, *British Journal of Sociology*, nº 36, septiembre de 1985, p. 333.

⁹ LAITIN, David D., *Hegemony and Culture: Politics and Religious Change Among the Yoruba*, University of Chicago Press, Chicago, 1986, p. 171.

¹⁰ ROSS, Mark, “Culture and Identity in Comparative Political Analysis”, en Mark Lichbach y Alan Zuckerman (eds.), *Comparative Politics: Rationality, Culture and Structure*, Cambridge University Press, Nueva York, 1997.

estado. De hecho, los enfoques culturales más interesantes para el estudio del estado provienen de fuera de la disciplina de la ciencia política.

A pesar de su marginalidad en la investigación anterior en ciencia política sobre la construcción del estado, ahora quiero dedicar algo de tiempo a esta perspectiva debido a su potencial para ayudarnos a dirigirnos hacia una nueva agenda de investigación en el siglo XXI. De esta literatura surgen tres puntos relacionados que son muy importantes para el estudio del estado. El primero, a menudo implícito, es que en cuando todo lo demás se mantenga igual, las organizaciones (especialmente las organizaciones complejas como los estados) tienden a desintegrarse puesto que sus partes se mueven en muchas direcciones diferentes. En segundo lugar, la cultura ofrece un antídoto centrípeto para las tendencias centrífugas. Y, en tercer lugar, los rituales asociados al estado, realizados a menudo como fines en sí mismos más que como simples medios para incrementar el poder, representan la mayor parte del poder cohesivo que ofrece la cultura.

Fuera de la ciencia política, el trabajo más influyente ha sido el del célebre antropólogo Clifford Geertz. Mientras que la mayor parte del pensamiento de Geertz sobre el tema radica en su investigación sobre el estado balinés en la Indonesia precolonial, otros han extendido su trabajo al periodo contemporáneo. El caso específico de Geertz, *Negara*, difería de los estados modernos de forma más notable en la indiferencia de sus líderes por el gobierno de hecho, en su vacilación a la hora de regular las acciones cotidianas de sus gentes y en su falta de interés en la soberanía territorial.

Su atención se dirige “hacia el espectáculo, la ceremonia, la dramatización pública de las obsesiones reinantes en la cultura balinesa: desigualdad social y orgullo de estatus. Era un estado teatral en el que los reyes y los príncipes eran los empresarios teatrales, los sacerdotes, los directores y los campesinos la figuración, los tramoyistas y la audiencia”¹¹. La perspectiva culturalista de Geertz comienza el estudio del estado desde su cúspide —“el poder sirvió a la pompa y no la pompa al poder”¹². Todas las ceremonias elaboradas que uno asocia al estado —desde las inauguraciones hasta las conferencias de prensa— puede que no sean medios para

¹¹ GEERTZ, Clifford, *Negara: The Theatre State in Nineteenth-Century Bali*, Princeton University Press, Princeton, 1980, p. 13.

¹² *Ibid.*

un fin, tal y como se piensa habitualmente. Puede que, como en el caso balinés, sean fines en sí mismos¹³.

Desde este punto de vista, la corte y la capital “no son sólo el núcleo, el motor o el eje del estado, *son* el estado... Es una declaración de una idea política controladora —esto es, que por el mero acto de proveer un modelo, un parangón, una imagen intachable de existencia civilizada, la corte configura el mundo a su alrededor, por lo menos, en una aproximación basta de su propia excelencia”¹⁴. Geertz no se esconde de los intereses y de las instituciones. Ve una tensión constante entre los efectos integradores del estado provistos mediante los ideales o la narrativa dominante —lo que él llama la “idea política controladora”— y las fuerzas de desintegración del “sistema de poder compuesto de docenas de gobernantes independientes, semi-independientes e independientes en un cuarto, tal y como era”¹⁵.

Implicítamente la noción de Geertz entra en desacuerdo con los politólogos que asumen simplemente la coherencia que la racionalidad o la estructura e instituciones proporcionan o a aquellos que apoyan de boquilla el papel de los “valores y normas” mientras que, de hecho, se dedican a estudiar los entresijos de la organización del estado. Su asunción es la opuesta: no podemos observar los ladrillos del estado sin comprender la argamasa. Deberíamos esperar que un complejo de organizaciones sería arrastrada en cien direcciones diferentes; sólo una idea controladora, un pegamento cultural, podría mantener junto todo el complejo. Hace un siglo Gaetano Mosca hizo referencia a una noción similar en su análisis de la “fórmula política”, el principio legal y moral que sustenta a la clase gobernante¹⁶. Un comentario hecho por un escritor sobre Geertz respecto a los gobernantes y los gobernados podría servir como una bandera amarilla para los politólogos: las narrativas dominantes “operan como los principios primordiales incontestados del orden político, haciendo que cualquier jerarquía parezca natural y justa para los gobernantes y para los gobernados”¹⁷.

¹³ Otros antropólogos dieron una atención similar a la ceremonia del estado. A. I. Richards, por ejemplo, observa la deferencia hacia el Kabaka, o rey, en Buganda. RICHARDS, A. I., “Authority Patterns in Tradicional Buganda”, en FALLERS, L. A., y RICHARDS, A. I., (eds.) *The King's Men: Leadership and Status in Buganda on the Eve of Independence*, Oxford University Press, Nueva York, 1964. “La lealtad ha de ser expresada formal y constantemente”, p. 274.

¹⁴ GEERTZ, *op. cit.*, p. 13.

¹⁵ *Ibid.*, p. 19.

¹⁶ MOSCA, Gaetano, *The Ruling Class*, McGraw-Hill, Nueva York, 1939, p. 4.

¹⁷ WILENTZ, Sean, *Rites of Power: Symbolism, Ritual and Politics Since the Middle Age*, University of Philadelphia Press, Philadelphia, 1985, p. 4.

Un politólogo, David Laitin, modificó las ideas de Geertz y las adaptó a la ciencia política. Intentó también desglosar la noción de narrativas dominantes en subunidades más operables, lo que llamó “puntos de interés” compartidos. Así interpreta Laitin a Geertz:

Los sistemas sociales no son rígidos. Los subsistemas tienen sus propias dinámicas internas que influyen en el sistema social más amplio. El cambio exógeno presiona a los diferentes subsistemas y, en última instancia, también al sistema social. Los sistemas sociales son, por lo tanto, adaptativos; se acomodan al cambio a medida que los subsistemas ajustan mutuamente sus valores, para que se produzca así un equilibrio homeostático en la sociedad¹⁸.

Laitin permite más desacuerdo que Geertz al decir que los puntos de interés, más que simples valores o preferencias, representan conjuntos de valores que la gente comparte sobre lo que vale la pena preocuparse: “Un sistema de símbolo proporcionará una pista de aquello por lo que vale la pena luchar y también sobre lo que es tan sensato que intentar cambiarlo parece no tener sentido”¹⁹. Con otras palabras, el pegamento cultural no significa necesariamente la existencia de un amplio consenso sobre la narrativa dominante pero puede referirse a una comprensión común sobre lo que debería ser la agenda y un acuerdo sobre cómo y cuando se puede estar en desacuerdo.

Incluso en los casos en los que no estamos hablando de entidades precoloniales la receta de Geertz resuena. Los estados modernos están contruidos por múltiples agencias y unidades administrativas con tareas e intereses bastante diferentes. Las fuerzas que tiran de ellos en distintas direcciones —reclamaciones regionales, la influencia de los grupos de interés, las presiones internacionales— son tremendas. Enfocar hacia la cultura, tanto si se refiere a alguna narrativa dominante o simplemente a puntos de interés, dirige a los investigadores hacia las creencias y los significados compartidos que impiden el caos institucional. La comprensión de Geertz de la cultura y de los estados difiere de algunos de los enfoques culturales más comunes en sociología, que apuntan hacia la integración y la desintegración de la *sociedad* como un medio indirecto de aplicar la noción de cultura al estado o que se centran en la interacción de la cultura y el estado, incluyendo la manipulación de la cultura por parte del estado (donde el estado se

¹⁸ LAITIN, op. cit., p. 175.

¹⁹ *Ibid.*

ve ampliamente en términos estructurales o institucionales)²⁰. Geertz va también más allá de los enfoques culturales que más a menudo se encuentran en la ciencia política, como el de un libro influyente como *The Civic Culture*, en el que la construcción real del estado juega un papel insignificante y se concentra, en cambio, en cómo los valores imperantes a nivel general afectan a la política. Geertz examina de forma directa la “institución social concreta”²¹ del estado y concibe una explicación cultural sobre su capacidad para mantenerse unido y configurar su sociedad.

E. P. Thompson, quien aparentemente llegó a la idea del estado como teatro de forma independiente a Geertz, acabó en gran medida en el mismo lugar, aunque al final dio más crédito que Geertz a los ladrillos que constituyen el estado. “Una gran parte de la política y del derecho”, observó Thompson, “es siempre teatro; una vez que un sistema social ha sido fijado, no necesita ser revalidado diariamente mediante exhibiciones de poder...; lo que más importa es un estilo teatral continuado”²². Señalar que el control es “cultural”, escribió, “no es decir que era inmaterial, demasiado frágil para el análisis, insustancial. Definir el control en términos de hegemonía cultural no es abandonar los intentos de análisis, sino prepararse para el análisis sobre los puntos en los que se debería hacer: dentro de las imágenes de poder y autoridad, las mentalidades populares de subordinación”²³.

Otros han tomado la idea de los estados teatrales y han intentado aplicarla a casos contemporáneos²⁴. Incluso Geertz no mantiene en secreto su creencia de que un enfoque que pone el acento en el teatro y las narrativas dominantes debería aplicarse también a ejemplos modernos. En otro ensayo escribió, “Ahora, la reacción fácil para todas las discusiones sobre los monarcas, sus accesorios y sus peregrinaciones, es que tiene que ver con un pasado acabado, un tiempo en el que, según la famosa frase de Huizinga, el mundo era medio milenio más joven y todo estaba más claro... Los tronos pueden estar pasados de moda y la pompa

²⁰ Véase en SHILS, Edward, *The Constitution of Society*, University of Chicago Press, Chicago, 1972; SCHUDSON, Peter, “Culture and Integration of National Societies”, *International Social Science Journal*, nº 46, febrero de 1994, ps. 63-82; ARCHER, op. cit.; JOSEPH, Gilbert M. y NUGENT, Daniel, (eds.) *Everyday Forms of State Formation: Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico*, Duke University Press, Durham, 1994; SIU, Helen, “Recycling Rituals and Popular Culture in Contemporary China”, en LINK, Perry; MADSEN, Richard, y PICKOVIEZ, Paul G., (eds.) *Unofficial China: Popular Culture and Thought in the People's Republic*, Westview Press, Boulder, 1989.

²¹ GEERTZ, op. cit., p. 19.

²² THOMPSON, E. P., “Patrician Society, Plebian Culture”, *Journal of Social History*, nº 7, verano de 1974, p. 389.

²³ *Ibid.*, p. 387. Thompson toma prestado el concepto de la hegemonía cultural de Gramsci.

²⁴ Véase por ejemplo en: ESHERICK, Joseph W. y WASSERSTROM, Jeffrey N., “Acting Out Democracy: Political Theater in Modern China” en *Journal of Asian Studies*, nº 49, noviembre de 1990, ps. 835-65.

también”, continúa, “pero la autoridad política aún requiere un marco cultural en el que definirse y plantear sus demandas, como también hace la oposición a ella”²⁵.

La cultura para Geertz no son los cultos ni las costumbres sino las narrativas dominantes que dan forma a la experiencia de la gente. El problema para él y para otros que buscan aplicar este enfoque al estudio de los estados actuales es cómo hacerlo. El mismo Geertz indica, “Una de las cosas que todo el mundo sabe pero que nadie puede pensar medianamente bien cómo demostrar es que la política de un país refleja el diseño de su cultura”²⁶. Quizás esa es la razón por la que el frenesí de entusiasmo que provocó el enfoque de Geertz, que se propagó por la comunidad académica durante la década de 1970 y principios de la de 1980, no podía sostenerse por sí mismo²⁷. Sabemos que la cultura es importante, que el estado es más que una configuración de papeles o una estructura intercambiable; no podemos realmente comprender cómo estudiarlo de forma comparativa, cómo hacer de él algo más que una categoría residual gigante.

La perspectiva estructuralista sistémica²⁸

Mientras que aquellos que veían al estado desde la perspectiva culturalista permanecían en los márgenes de la ciencia política, el enfoque estructuralista fue como una tormenta que barrió a los comparatistas en los setenta. En parte se vieron afectados por el renacimiento del realismo (ahora como neorrealismo) en las relaciones internacionales. También muchos fueron influidos por el renacimiento de la sociología histórica comparada, guiado por figuras clave que abarcaron las disciplinas de la sociología y de la ciencia política, y por la prisa por “traer al estado de vuelta”²⁹. Más habitualmente, este enfoque trató a los estados como unidades integrales y coherentes, cuyas acciones podían entenderse mirando el alineamiento de las fuerzas (domésticas o internacionales) en su entorno. Esta es una perspectiva sistémica en la que los estructuralistas ven a los estados como intercambiables en la medida en que esperan que estos actúen de forma similar

²⁵ GEERTZ, Clifford, *Local Knowledge: Further Essays in Interpretative Anthropology*, Basic Books, Nueva York, 1983, ps. 142-3.

²⁶ GEERTZ, Clifford, *The Interpretation of Cultures: Selected Essays*, Basic Books, Nueva York, 1973, p. 310.

²⁷ Véase por ejemplo en WILENTZ, *op. cit.*

²⁸ N. d. T.: Se emplea aquí la expresión “perspectiva sistémica” para referirnos a la expresión original en inglés *system-dominant perspective*.

²⁹ Véase en: MANN, Michael, *The Sources of Social Power*, Cambridge University Press, Nueva York, 1986; MOORE, Barrington, Jr., *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*, Beacon Press, Boston, 1966; SKOCPOL (op. cit.); WALLERSTEIN, Immanuel, *The Modern World System: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World Economy in the Sixteenth Century*, Academic Press, Nueva York, 1974; EVANS, Peter, RUESCHEMEYER, Dietrich y SKOCPOL, Theda, *Bringing the State Back In*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985.

cuando confrontados con la misma formación de fuerzas (el elemento sistémico). Por tanto, los investigadores podían comprender las acciones de un estado como basadas en sus intereses como una unidad integral dentro de una configuración de otras fuerzas.

Al asumir la coherencia del estado en el seguimiento de su propio conjunto de intereses, politólogos como Eric A. Nordlinger y Stephen D. Krasner, trataban de vender de su autonomía³⁰. Es más, la autonomía se convirtió en una especie de *buzzword*³¹ en la literatura sobre la construcción del estado, especialmente con el creciente número de estudios sobre las historias de éxito del este de Asia³². Lo extraño, desde nuestra perspectiva en el cambio del siglo, es cuán rápido el enfoque estructuralista sistémico se desvaneció, volviéndose casi tan raro como las interpretaciones culturales del estado. Como indica Ira Katznelson, este enfoque ha perdido su energía, su imaginación y su liderazgo³³.

Uno de los últimos trabajos monumentales sobre el estado desde la perspectiva estructuralista sistémica fue el libro *Revolution and Rebellion in the Early Modern World*³⁴, de Jack A. Goldstone. Su preocupación directa no es tanto sobre la construcción del estado como sobre la crisis del estado. Aunque atento a una variedad de fuerzas históricas, la potente teoría de Goldstone le permite tratar una multiplicidad de estados a lo largo de varios siglos como partes intercambiables en su ecuación. La teoría es tan atractiva porque es tanto simple como general.

De acuerdo a Goldstone, los estados se fracturan cuando son alcanzados simultáneamente por tres tipos de crisis —una emergencia financiera del estado, severas divisiones en la élite, y un potencial y una propensión de los grupos populares a movilizarse. ¿Cuál es la condición estructural subyacente que lleva a estas crisis a producirse simultáneamente en sitios diferentes y en periodos diversos? La respuesta puede encontrarse en los patrones demográficos —un

³⁰ NORDLINGER, Eric A., *On the Autonomy of the Democratic State*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1981; KRASNER, Stephen D., *Defending the National Interest: Raw Materials Investments and U.S. Foreign Policy*, Princeton University Press, Princeton, N1978.

³¹ N. d. T. El término inglés *buzzword* se refiere a aquellas palabras propias de un ámbito especializado concreto, que parecen importantes o técnicas, pero que se emplean con el fin de impresionar al auditorio.

³² CUMMINGS, Meredith Woo, *Race to the Swift: State and Finance in Korean Industrialization*, Columbia University Press, Nueva York, 1991; HAGGARD, Stephen, *Pathways from the Periphery: The Politics of Growth in the Newly Industrializing Countries*, Cornell University Press, Ithaca, 1990.

³³ KATZNELSON, Ira, "Structure and Configuration in Comparative Politics", en LICHBACH y ZUCKERMAN (eds.) *op. cit.*

³⁴ GOLDSTONE, Jack A., *Revolution and Rebellion in the Early Modern World*, University of California Press, Berkeley, 1991.

empeoramiento en la proporción de recursos respecto al tamaño de la población establece el escenario en el que los problemas socavan el estado. Lo que nos conduce a estas teorías es también lo que nos repele. La cualidad abstracta general del argumento es fascinante. Goldstone no hace nada menos que darnos un gran plan narrativo para comprender la historia. Pero la teoría, sin embargo, es problemática. La cultura levanta la cabeza, pero como un mero producto derivado de las tres crisis. Una vez que estas suceden, sostiene, veremos un crecimiento de las ideas religiosas y culturales heterodoxas. El contenido real de estas ideas no parece importar mucho. Tampoco los distintos caminos institucionales que la amplia variedad de sociedades y estados han tomado. Su teoría ha removido a la agencia, el poder de la gente para afectar el curso de la historia, tanto del estado como de la sociedad. El resultado final es un retrato demasiado resuelto en el que las diferentes historias institucionales, los sistemas de significado contrastantes, y las iniciativas de grupos o individuos cuentan muy poco en el desarrollo de la historia.

La perspectiva racionalista

Al mismo tiempo que las teorías estructuralistas sistémicas estaban en su momento de gloria, algunos escritores de la elección racional también se volvieron hacia el estado, aunque este tema no era ciertamente central para el paradigma de la elección racional emergente. Ningún libro fue más influyente aquí que *Markets and States in Tropical Africa*³⁵. Robert H. Bates comienza su investigación poniendo de manifiesto una paradoja fundamental: los gobernantes del estado africano conocían bastante bien qué tipos de políticas públicas económicas eran necesarias para incitar el éxito económico, y aún así evitaron esas políticas y de forma deliberada eligieron otras patológicas. La resolución a la que llega con su investigación comienza con los intereses de estos líderes. Sus precarias bases políticas les dictaron una pauta de comportamiento que dejó sus economías en un completo desbarajuste. A través de un examen de las acciones y elecciones de individuos clave, Bates pudo hablarnos acerca de las patologías de estados en su totalidad.

En un libro posterior, *Beyond the Miracle of the Market*, Bates extiende su análisis de la elección racional enfatizando la importancia de las instituciones, particularmente de las instituciones políticas³⁶. Recurriendo a Douglass C. North³⁷ y

³⁵ BATES, Robert H., *Markets and States in Tropical Africa: The Political Basis of Agricultural Policies*, University of California Press, Berkeley, 1981.

³⁶ BATES, Robert H., *Beyond the Miracle of the Market: The Political Economy of Agrarian Development in Kenya*, Cambridge University Press, Nueva York, 1989.

³⁷ NORTH, Douglass C., *Structure and Change in Economic History*, W. W. Norton, Nueva York, 1981.

a otros que trabajaban en nuevas teorías institucionalistas en economía, observa que el particular medio institucional en el que se encuentran los políticos crea el incentivo estructural que guía sus elecciones. En otras palabras, las preferencias que los políticos sostienen y que establecen los objetivos que racionalmente pretenden alcanzar no son simplemente aleatorios. La consecuencia es que estas preferencias no pueden permanecer como exógenas a la teoría de la elección racional sino que deben hacerse endógenas, es decir, que se deben explicar teóricamente. El objetivo claro de Bates es contribuir a la creciente literatura sobre el estado, exponiendo la lógica tras las decisiones de los estados "autónomos". O, con sus propias palabras, su teoría "proporciona los micro-fundamentos para los macro-temas que dominan la literatura estatista"³⁸. Estos micro-fundamentos provienen de los intereses —"acciones interesadas de partes privadas que traen sus recursos buscan relacionarse con políticos políticamente ambiciosos y con el proceso político"³⁹. En el caso de Kenia, objeto de la investigación de Bates, el dominio de una clase social girada hacia la acumulación más que a la redistribución explica las elecciones políticas de ese país y consecuentemente sus mayores tasas de crecimiento económico respecto a sus vecinos. Podemos explicar los resultados en Kenia de acuerdo a su "estructura de instituciones políticas y los incentivos que generan para los políticos"⁴⁰. Continúa diciendo:

La gente ve de forma clara dónde descansan sus intereses. Invierten en la creación de instituciones para estructurar la vida política y económica para poder defender mejor su posición dentro de ellas. Invierten en instituciones que sirvan a sus intereses... Las instituciones influyen las acciones subsiguientes. Pueden haber sido creadas por razones económicas; o pueden haber sido fundadas para aumentar las fortunas de intereses económicos particulares. Pero una vez que han sido creadas, éstas generan posiciones de poder político y sistemas de incentivos políticos. Definen posibilidades estratégicas e imponen restricciones⁴¹.

El enfoque racionalista se ha combinado muy bien con el renacimiento del estado como tema de estudio. Desplazó a los politólogos del interés exclusivo por narrativas dominantes o macroestructuras extremadamente amplias y a menudo resbaladizas, hacia un nivel de investigación mucho más manejable. Como apunta

³⁸ BATES, *op. cit.* p. 6.

³⁹ *Ibid.*, p. 5.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 140.

⁴¹ *Ibid.*, p. 151-2.

Margaret Levi, la teoría de la elección racional recurrió a su experiencia con el voto y la política electoral para proporcionar un enfoque empírico fundamentado a cuestiones comparativas más amplias⁴². Esta orientación condujo a un interés por la evidencia sólida, demasiadas veces descartada en las perspectivas estructuralista o culturalista.

Al especificar claramente los objetivos de los líderes, los investigadores podían deducir las acciones —y, en consecuencia, los resultados políticos— de esos objetivos y de la configuración específicas de las circunstancias que los gobernantes afrontaban. En este sentido, como el estructuralismo, se podían tratar las unidades de estudio como actores ampliamente coherentes y teóricamente intercambiables. El enfoque racionalista confirió una gran parsimonia al estudio de los estados, incluso si amenazaba a la comprensión del estado con un reduccionismo rígido. Bates fue más allá del estructuralismo sistémico al traer directamente de vuelta la política en el análisis del estado. Al incorporar las instituciones en el análisis, Bates logró contextualizar los intereses (los intereses dominantes en Kenia diferían de los de los países cercanos) mientras que seguía usando un método universal (todos los políticos usan los mismos cálculos racionales para tratar esos intereses variantes). Levi escribe, “A medida que se desarrolla la elección racional comparativa e histórica, se convierte cada vez más en una forma de análisis institucional”⁴³.

Pero de nuevo, como con los estructuralistas, la cultura juega aquí un papel totalmente derivado. A diferencia de los estructuralistas, los racionalistas trataron de explicar las diferentes trayectorias institucionales. Pero el esfuerzo de Bates de *endogeneizar* la dimensión institucional era problemático. Mientras su discusión sobre el desarrollo histórico de la estructura social en Kenia, a través de un análisis de la formación de las clases está muy bien justificado, tiene lugar fuera de los parámetros de la propia teoría. Los racionalistas no han encontrado aún una forma de incorporar la configuración institucional, la variedad particular de intereses que dominan en Kenia o en cualquier otro lugar, dentro de los elementos de sus teorías. Y mientras que el actor racional es el agente del cambio (a diferencia de las teorías estructuralistas sistémicas), su agencia es totalmente utilitarista, prevista y determinada por fuerzas exógenas.

La perspectiva histórico institucionalista

⁴² LEVI, Margaret, “A Model, a Method, and a Map: Rational Choice in Comparative and Historical Analysis”, en LICHBACH y ZUCKERMAN (eds.) *op. cit.*.

⁴³ *Ibid.*, p. 149.

Sería una exageración burda decir que las perspectivas culturalistas, estructuralistas sistémicas y racionalistas, sobre la construcción del estado desaparecieron a finales del siglo XX. De hecho, la orientación racionalista ha prosperado en muchas subdisciplinas de la ciencia política, y el estudio comparativo del estado no es una excepción. Sin embargo, si se inspecciona la literatura contemporánea sobre el estado, uno acaba con la sensación de que se ha dejado a la ciencia política comparada con una especie de aproximación por defecto al estudio de los estados, el del institucionalismo. O, de forma más precisa, como apunta Katznelson, el estudio de los estados ha sido subsumido bajo la etiqueta del institucionalismo histórico⁴⁴. Esta perspectiva es un pariente cercano de las perspectivas estructuralista, culturalista y racionalista, y absorbe elementos de todas ellas. Como el estructuralismo sistémico está interesada en cómo las partes se juntan para canalizar las elecciones disponibles para los individuos. Pero la premisa central del institucionalismo, tal y como emergió a finales de los ochenta y en los noventa, era que las formas específicas por las cuales se hacen hoy las cosas importarán mañana; los estados que se enfrenten a las mismas circunstancias no se comportarán de forma similar, como los estructuralistas sistémicos lo considerarían. Con otras palabras, la configuración particular de las instituciones determina, modifica y ordena los motivos individuales⁴⁵. Los papeles, relaciones y procedimientos distintivos que señalan cómo las partes del estado interactúan entre ellas y cómo se vinculan a grupos tanto dentro como fuera de la sociedad son cruciales para comprender las acciones del estado.

Mientras que la cultura juega un papel importante a la hora de aceptar los vínculos institucionales —a fin de cuentas, esos papeles, relaciones y procedimientos están asegurados por interpretaciones subjetivas compartidas sobre cómo comportarse— el énfasis de la mayoría de los politólogos institucionalistas no ha sido tanto en los símbolos y los significados cómo en el ordenamiento de las relaciones y la comprensión de las instituciones políticas “actuando autónomamente en término de intereses institucionales”⁴⁶. De manera similar, como veremos, la racionalidad es clave para el institucionalismo, en la medida en que las elecciones de los individuos se hacen dentro de un contexto socialmente constituido y, como en el caso de los políticos de Bates, se entienden por los intereses que hay tras ellos. Ciertamente los escritos más nuevos de la elección racional sobre el estado

⁴⁴ KATZNELSON *op. cit.*

⁴⁵ MARCH, James G. y OLSEN, Johan P., *Rediscovering Institutions: The Organizational Basis of Politics*, Free Press, Nueva York, 1989, p. 4.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 4.

tales como muy valorado libro de Levi, o el de Babara Geddes⁴⁷ o, como hemos visto, el trabajo más reciente de Bates, han mezclado en efecto, el racionalismo con las teorías del institucionalismo de North. Estos trabajos han tenido un impacto significativo en aún otro tipo de institucionalismo, el institucionalismo histórico.

Un primer trabajo que usó este enfoque fue el monumental *The Great Transformation* de Karl Polanyi⁴⁸, un trabajo que me ha influido mucho y a un buen número de autores⁴⁹. El libro proporcionó un modelo académico para los que estaban decepcionados con los enfoques *behavioristas* y sistémicos (mayoritariamente marxistas) y que estaban interesados en desarrollar una perspectiva históricamente fundamentada. Las preocupaciones *behavioristas* respecto a las características, actitudes y comportamiento de los individuos y de los grupos tendían a minimizar los factores históricos y les hacía pasar por alto el impacto importante que las diferentes formas de organización podían tener. Al mismo tiempo, el determinismo del marxismo parecía negar la importancia de la diversidad institucional.

El subtítulo del libro de Polanyi, "The Political and Economic Origins of Our Time" insinúa no sólo la propia ambición de Polanyi sino también la creencia más general de que tal enfoque no necesita delegar en estudios y explicaciones sobre casos individuales a pequeña escala. Mientras Polanyi tejió numerosos hilos a través de su narrativa, finalmente su preocupación se dirigió hacia el demonio que puso patas arriba a su propio mundo, el fascismo. Al ocuparse de esa temida forma política, tenía que acomodar el enfoque del interés material que influyó tanto su pensamiento y encontrar aún así una forma de esquivar la propensión de Marx de sobredeterminar los resultados. Obsérvese la fina línea sobre la que camina Polanyi:

Si hubo alguna vez un movimiento político que respondió a las necesidades de una situación objetiva y no era el resultado de causas fortuitas, fue el fascismo. Al mismo tiempo, el carácter degenerativo de la solución fascista era evidente. Ofreció una huida al callejón sin salida institucional, que era

⁴⁷ GEDDES, Barbara, *Politician's Dilemma: Building State Capacity in Latin America*, University of California, Berkeley, 1994.

⁴⁸ POLANYI, Karl, *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*, Beacon Press, Boston, 1944.

⁴⁹ Kathleen Thelen y Sven Steinmo han distinguido el institucionalismo histórico del institucionalismo de la elección racional. THELEN, Kathleen y STEINMO, Sven, "Historical Institutionalism in Comparative Politics", en STEINMO, Sven; THELEN, Kathleen; LONGSTRETH, Frank, (eds.) *Historical Institutionalism in Comparative Analysis*, Cambridge University Press, Nueva York, 1992. Otra figura fundacional del institucionalismo histórico que aquí no va a ser discutido es Gerschenkron.

esencialmente similar en varios países, y aún así si se probaba el remedio, en todas partes producía enfermedad mortal. Esta es la manera en la que las civilizaciones perecen⁵⁰.

El callejón sin salida al que se refiere radicaba en la difícil cohabitación en el estado liberal de las necesidades del capitalismo (expresadas institucionalmente a través del mercado autorregulado y la adhesión al patrón oro) y de la democracia. Aquí, como en Geertz, Goldstone y Bates, el énfasis se pone primero en el carácter esencial del estado, en su constitución y su toma de decisiones, y sólo entonces en el entorno en el que opera esta estructura. Por una parte, para Polanyi el estado servía al capitalismo y al mercado, que subordinaban la expresión de la sociedad de sus múltiples necesidades y deseos —tal y como escribe, “Esto significa nada menos que considerar el funcionamiento de la sociedad como adjunto al mercado”⁵¹. El mercado, ese “molino satánico”, dispuso despiadadamente de las cualidades físicas, psicológicas y morales de los seres humanos y les dejó sin una red de protección en la que caer.

Al mismo tiempo, el estado a través de la presión puesta sobre él por los grupos laboristas en el parlamento, se convirtió en la base para la “regulación paternalista”⁵². Los grupos organizaron un contra-movimiento, “una reacción contra la dislocación que atacaba el tejido de la sociedad”⁵³. Este haz de contradicciones en el estado, el choque entre el liberalismo económico y la protección social, causó un callejón sin salida. El Alejandro que pudiera cortar este nudo gordiano fue una nueva configuración institucional, el fascismo. Su solución fue tanto transformar el mercado como eliminar la democracia.

El objetivo de Polanyi era delicado. Quería mostrar simultáneamente cómo una particular conformación de fuerzas podía explicar la emergencia del estado fascista (tal y como lo haría un buen estructuralista sistémico) y dejar abierta la posibilidad a otros resultados. Ni el Reino Unido ni los Estados Unidos, donde se sentó a escribir su libro durante los días oscuros de la Segunda Guerra Mundial habían sucumbido a la solución fascista. Las instituciones se adaptan al entorno real dentro del cual están incorporadas —para Polanyi ese entorno era una economía mundial marcada por el patrón oro y un sistema de estados dentro de un equilibrio

⁵⁰ POLANYI *op. cit.*, p. 237.

⁵¹ *Ibid.*, p. 57.

⁵² *Ibid.*, p. 125.

⁵³ *Ibid.*, p. 130.

de poder. Pero este no es un proceso que se replique infinitamente. Distintos estados y sociedades podían responder de diversas formas.

En la era posbélica Samuel P. Huntington insistió en la misma lección: diferentes tipos de acciones políticas y diversos tipos de compromiso por parte de grupos sociales con el estado producen resultados políticos dispares. Su atención inmediata se dirigió hacia la proliferación de nuevos estados que surgieron del proceso de descolonización y hacia las vanas esperanzas de que llevarían a sus sociedades a la tierra prometida de la modernidad y de la prosperidad. Observó forma bastante severa, que la decadencia e inestabilidad eran resultados tan probables como el desarrollo político⁵⁴. pesimista

Huntington no usó la palabra “estado” —aún no estaba de moda— pero estaba muy presente en su análisis. De hecho, si se le puede atribuir a alguien haber traído de vuelta al estado, ese es Huntington; describió, aún sin tener una palabra a mano que pudiera abarcarlo todo, cómo las acciones y las características del conjunto de las instituciones públicas en un país (el estado) suponían una diferencia importante para la sociedad. Trajo de vuelta las instituciones públicas al escenario central. De hecho, su teoría implica que si nos centráramos exclusivamente en cómo de bien desarrolla el estado sus instituciones, no tendríamos que mirar mucho más allá. Su tesis es simple: sólo donde el nivel de institucionalización política sobrepasa el nivel de participación política puede surgir una políticas estables que trabajen para el interés público. Aunque su punto de vista conservador respecto a la política exterior de los Estados Unidos ha inducido a muchos a minimizar el impacto de su teoría sobre ellos, me aventuraría a decir que ningún trabajo ha superado al de Huntington en su influencia sobre una generación de politólogos de la política comparada que estudian el estado.

El impacto de Huntington fue más allá de la academia. Un ex funcionario etíope de alto nivel me contó el golpe de estado militar contra el emperador Haile Selassie de 1973. Cuando los jóvenes oficiales irrumpieron en la habitación en la cual los ayudantes del emperador llevaban los asuntos de estado, un oficial político levantó la mirada y preguntó, “¿Dónde fallamos?”. En ese momento, un oficial militar cogió una copia del libro de Huntington y lo deslizó sobre la mesa: “Tendríais

⁵⁴ HUNTINGTON, Samuel P., *Political Order in Changing Societies*, Yale University Press, New Haven, 1968.

que haberos leído esto". Sea o no apócrifa la historia, nos ofrece un atisbo de lo influyente que ha sido su trabajo.

Una multitud de importantes publicaciones en la década de 1990 se nutrieron de las reflexiones de Polanyi y de Huntington. El mismo equilibrio de las presiones del entorno y la variedad de respuestas a estos factores que uno encuentra en Polanyi, y la atención a la capacidad política y autonomía de Huntington, marcan los mejores trabajos contemporáneos sobre el estado de los institucionalistas históricos que hacen estudios entre naciones y estudios de países en profundidad⁵⁵. Peter Evans, por ejemplo, intenta desenmarañar las razones por las que algunos estados han sido tan exitosos en ajustar las transformaciones industriales de sus sociedades mientras que los resultados de otros han sido tan malos. Su respuesta se basa en la particularidad de los acuerdos institucionales: "Los estados no son genéricos. Varían dramáticamente en cuanto a sus estructuras internas y sus relaciones con la sociedad. Distintos tipos de estructuras estatales crean diferentes capacidades para la acción del estado"⁵⁶. Esta afirmación supone un gran avance al permitir la diversidad de los estados reales. Pero como los trabajos de aquellos que usan las perspectivas culturalista, estructuralista o racionalista, refleja aún el énfasis en la mirada puesta primero y ante todo en el estado como una estructura esencialmente autónoma, como una entidad que puede ser aislada en el análisis.

El estado limitado: el compromiso entre el estado y la sociedad

El estado moderno se ha colocado a sí mismo como la forma última de autoridad, situándose por encima de la sociedad y reclamando un amplio margen de obediencia y conformidad. Pero el compromiso de los grupos sociales con el estado y la transformación mutua que implica, ha suavizado esas amplias pretensiones de ser la autoridad última. Al contrario de lo que pudiera parecer, los estados pueden estar seriamente fracturados y debilitados por la particular naturaleza de sus

⁵⁵ Véase por ejemplo en: COLLIER, Ruth B.; COLLIER, David, *Shaping the Political Arena: Critical Junctures, the Labor Movement, and Regime Dynamics in Latin America*, Princeton University Press, Princeton, 1991; EVANS, Peter B., *Embedded Autonomy: States and Industrial Transformation*, Princeton University Press, Princeton, 1995; JACKMAN, Robert H., *Power Without Force: The Political Capacities of Nation-States*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1993; WATERBURY, John, *Exposed to Innumerable Delusions: Public Enterprise and State Power in Egypt, India, Mexico, and Turkey*, Cambridge University Press, Nueva York, 1993; BOONE, Catherine, *Merchant Capital and the Roots of State Power in Senegal*, Cambridge University Press, Nueva York, 1992; HAGOPIAN, Frances, *Traditional Politics and Regime Change in Brazil*, Cambridge University Press, Nueva York, 1996; KOHLI, Atul, *Democracy and Discontent: India's Growing Crisis of Governability*, Cambridge University Press, Nueva York, 1990; SHUE, Vivienne, *The Reach of the State: Sketches of the Chinese Body Politic*, Stanford University Press, Stanford, 1988; VITALIS, Robert, *When Capitalists Collide: Business Conflict and the End of Empire in Egypt*, University of California Press, Berkeley, 1995.

⁵⁶ EVANS *op. cit.*, p. 11.

encuentros con otras fuerzas sociales. Al entender cómo el curso de navegación del estado se ha visto condicionado por el compromiso con estas fuerzas sociales, comenzamos a construir una base para la agenda de investigación del siglo XXI, una que parta del proceso más que de la estructura, un anteproyecto que se centre en un estado limitado. Tal agenda nos permitirá huir de los efectos agobiantes sobre el pensamiento lúcido por parte de las ideologías nacionales, haciendo hincapié en la soberanía completa del estado, y de las teorías académicas que subrayan el monopolio sobre los medios coercitivos y la autoridad legítima, comenzando con el tipo ideal de estado de Weber,.

Las ideologías nacionales crean narrativas dominantes que bien pueden servir para abordar asuntos tales como la consolidación del poder o la expresión colectiva de la identidad. Son mucho menos útiles como guías de las capacidades y limitaciones de los estados reales. Teorías como las de Weber y los politólogos que le siguen crean distintos tipos de problemas. Su comprensión del estado como una organización autónoma con fronteras sólidas entre aquella y otras fuerzas sociales llevan a indagaciones que se centran en su composición, y en cómo está construido. El efecto es el de hacer esencial el estado y exagerar sus capacidades. Un enfoque que se centre en el estado en la sociedad, en el proceso con el que el estado se compromete con otras fuerzas sociales saca a la luz la transformación mutua del estado y de otros grupos sociales, así como las limitaciones del mismo. Mitchell trabaja muy bien de este asunto. Escribe:

Los enfoques estatistas de la explicación política presentan al estado como una entidad autónoma cuyas acciones no son reducibles a, o determinadas por, las fuerzas en la sociedad... La habitual definición weberiana del estado, como una organización que reclama el monopolio sobre el uso legítimo de la violencia, sólo es una caracterización residual. No nos dice cómo deben dibujarse los contornos verdaderos de esta organización amorfa. [...] El estado parece quedar aparte de la sociedad de manera no problemática⁵⁷.

El estado del siglo XXI, azotado por los vientos de la globalización, de las entidades supranacionales y de conflictos étnicos divisivos, debe ser despojado de sus mitos de unidad y omnipotencia. Con la abundancia de nuevos estados y la lucha de los viejos estados contra desafíos desintegradores, los politólogos necesitarán más que nunca formas de desentrañar la relación entre los estados y

⁵⁷ MITCHELL, Timothy, "The Limits of the State: Beyond Statist Approaches and Their Critics", *American Political Science Review*, n°. 85, marzo de 1991, p. 82.

aquellos dentro de sus fronteras. Necesitarán formas de estudiar los procesos refractarios que rediseñan los límites sociales, y que crean coaliciones con algunos y excluyen a otros.

Esta tarea resulta harto difícil. Significará evitar las visiones estructurales que retratan al estado como determinado en gran parte por una gran narrativa histórica y/o que lo presentan como un enorme “actor” coherente y unificado en la historia⁵⁸. Implicará mejorar las herramientas institucionalistas para analizar los estados que han proliferado en la última década, centrándose crecientemente en las articulaciones institucionales entre el estado y la sociedad, incluso donde la frontera entre ellos es difusa más allá de su reconocimiento. Y también supondrá prestar seria atención a las comprensiones culturales del estado, que han progresado muy poco en la literatura de la ciencia política hasta hoy.

La conexión entre el estado y su población ha sido particularmente compleja y no ha sido por más razón que porque el estado moderno ha exigido demasiado de sus gentes con sus normas y leyes, tal y como ya se ha apuntado. Mientras que los gobernantes de los imperios premodernos no hubieran podido ir un poco más allá de las rentas obtenidas de muchos campesinos, los funcionarios modernos han concebido códigos legales —especificaciones sobre lo que los individuos pueden o no pueden hacer— cuyos volúmenes ocupan estanterías infinitas. Y han construido burocracias centralizadas para obligar a su cumplimiento a grandes poblaciones. Por supuesto, en muchas definiciones la coerción y la amenaza de coerción descansa en el centro del significado del estado y de sus demandas de conformidad por parte de su población. Tanto Marx como Weber dejaron esto claro hace un siglo y otros, como Cover, lo han reiterado regularmente⁵⁹.

Pero es simplemente imposible para un estado conseguir gobernar dependiendo exclusivamente de sus jueces y carceleros⁶⁰. No importa cuanto se ensalce la burocracia, la policía y los militares, los funcionarios del estado no pueden estar en cada esquina asegurando que cada persona se pare en el semáforo

⁵⁸ *Ibid.*

⁵⁹ MINOW, Martha; RYAN, Michael; SARAT, Austan, (eds.) *Narrative Violence and the Law: The Essays of Robert Cover*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1993, ps. 211-14; véase también en TILLY, Charles, “War Making and State Making as Organized Crime”, en EVANS, Peter; RUESCHEMEYER, Dietrich; SKOCPOL, Theda, (eds.) *op. cit.*

⁶⁰ “La vida política se centra en el ejercicio del poder y en que, a diferencia de la fuerza física, el poder es intrínsecamente relacional. Aunque todos los estados tienen la capacidad de infligir sanciones físicas, su talento para ejercer el poder es el elemento clave de su capacidad política. En este contexto, el uso prolongado de la fuerza refleja una pérdida de poder y es fundamentalmente apolítico, ya que revela un deterioro en la relación entre los gobernantes y los gobernados”, en JACKMAN, *op. cit.*

en rojo, conduzca por el lado adecuado de la calzada, cruce en los pasos de peatones, se abstenga de robar o de traficar con drogas, etcétera. Los líderes del estado moderno podrían encontrar fácilmente sus instituciones abrumadas por la monumental tarea de aplicar la ley, incluso con inmensas burocracias⁶¹.

¿Qué han hecho los estados modernos para asegurar que cada sujeto se atenga a las normas, incluso sin un policía en cada esquina? La respuesta se ha dado en dos niveles más, uno es el de aquellos que usan una perspectiva institucionalista con fuertes tintes racionalistas y trata el asunto de manera más contundente, y el otro corresponde a los investigadores que recurren a una perspectiva culturalista. Ambos muestran un enfoque procedimental en el que los estados y las sociedades están en una relación mutuamente transformadora.

Para los institucionalistas históricos el énfasis se ha puesto en las normas y procedimientos, en la rutina. Los mismos códigos pesados que dictan lo que deben y lo que no deben hacer los individuos también van implícitamente al encuentro de las necesidades de la gente de tener una hoja de ruta que explique cómo navegar en un mundo cada vez más enrevesado. Las normas estatales han asegurado la viabilidad de los acuerdos suscritos, protegido el agua que uno bebe, asegurado las condiciones para recibir un crédito, provisto escuelas como un medio de movilidad para los hijos, y muchas más cosas. Conforme la división del trabajo se ha vuelto cada vez más compleja, las leyes estatales han dado seguridad a los individuos en lo que se refiere a los productos y servicios sobre los que se tienen exiguos conocimientos o pericia. Mucho más que en la era premoderna, los estados han ido más allá de la defensa de su ámbito para ofrecer una gran cantidad de *estrategias de supervivencia* que la gente construye para sí misma⁶². De esta forma, la obediencia y la conformidad han sido cesiones aceptadas por los individuos que ven el estado como una gran pieza del puzzle de sus vidas personales.

En sus investigaciones sobre el estado, los institucionalistas históricos han tendido a enfocar esta clase de cálculos, combinando su interés en la estructura con una perspectiva racionalista. Pero también se han esforzado para distinguirse de las teorías de la elección racional. El institucionalismo histórico ha hecho hincapié en el

⁶¹ De hecho, el estado sobrecargado (como en el caso de la superpoblación carcelaria en los Estados Unidos) es una de las partes importantes del rompecabezas a la hora de explicar la disparidad entre las metas del estado y sus logros.

⁶² MIGDAL, Joel S., *Strong Societies and Weak States: State-Society Relations and State Capabilities in the Third World*, Princeton University Press, Princeton, 1988.

medio organizativo en el que la gente hace estos cálculos. Con otras palabras, los académicos que utilizan este enfoque favorecen la observación de la costumbre en cualquier situación dada más que a la maximización de la utilidad. Thomas A. Koelble observa:

Quando toman decisiones, los individuos no se preguntan “¿cómo maximizaré mi interés en esta situación?” sino que en su lugar se preguntan “¿cuál es la respuesta adecuada para esta situación dada mi posición y mis responsabilidades?”. En la mayor parte de las situaciones, las normas y procedimientos (es decir, las instituciones) están establecidas de forma clara y los individuos siguen rutinas. Siguen por caminos familiares y hacen lo que piensan que se espera de ellos⁶³.

Los trabajos institucionalistas históricos apuntan que esos caminos se forjan a través de los compromisos de los grupos, tales como los trabajadores o los comerciantes o los capitalistas desde ciertos sectores, con partes del estado. De hecho, la naturaleza de ese compromiso con frecuencia está en la base de los análisis de esos autores. Para Evans, los tipos de conexiones que los estados han tenido con ciertos sectores industriales y empresas han determinado si podían o no inducir un crecimiento industrial sostenido⁶⁴. Mientras que Evans se centra en la cuestión prometedora del desarrollo liderado por el estado, Robert Vitalis se introduce más en un lado sórdido de la acción del estado, la creación de paraísos fiscales⁶⁵. Su ingenioso libro reta a la gran narrativa que coloca a la industrialización tardía (o fallida) —en su caso Egipto— en el contexto de “una lucha dominante entre el imperialismo y la nación”⁶⁶. Más bien, es la variedad de alianzas entre grupos de negocios específicos y fracciones del estado lo que explica el camino de Egipto (y de otros). De hecho, una de las grandes ventajas del trabajo de Vitalis es su buena voluntad de ir más allá del análisis del estado como un actor individual coherente (o representado enteramente por una de sus agencias) para llegar a una visión en la que partes del estado operan de manera bastante distinta, a menudo en conflicto entre ellas.

Otros trabajos importantes analizan dimensiones diferentes del compromiso entre los estados y los grupos sociales. El trabajo innovador de Frances Hagopian

⁶³ KOELBLE, Thomas A., “The New Institutionalism in Political Science and Sociology”, *Comparative Politics*, nº 27, enero de 1995, p. 233.

⁶⁴ EVANS, *op. cit.*

⁶⁵ VITALIS, *op. cit.*

⁶⁶ *Ibid.*, p. 5.

examina la irónica dependencia de los líderes militares brasileños con respecto a las élites oligárquicas tradicionales⁶⁷. Estos soldados se apoderaron del estado en 1964 y profesaban una creencia en el gobierno tecnocrático más que una dependencia en los viejos políticos, pero terminaron dependiendo de aquellos que habían rechazado. En la investigación de Ruth B. Collier y David Collier sobre Latinoamérica, la clave está en la variedad de formas con las que el trabajo fue incorporado por los estados⁶⁸. El Estado senegalés consiste para Catherine Boone en actores políticos claves cuyo prestigio proviene de los lazos patrón-cliente con las circunscripciones en el país⁶⁹. Su objetivo es explicar la impotencia del estado a pesar de todos los símbolos de poder. Como Vitalis, su análisis no supone que el estado sea un actor individual. De hecho, sólo se puede entender el Estado senegalés teniendo en cuenta su núcleo fracturado. Escribe:

La consolidación del régimen fue un proceso político que implicó no sólo la creación de nuevas estructuras y relaciones de poder, sino también la conexión de las estructuras existentes de poder social con el estado. Los modos de gobierno y de explotación fueron moldeados por las fuerzas sociales que pudieron subvertir o fortalecer estos fundamentos de la autoridad estatal, así como mediante la competición social por los privilegios tanto dentro de las instituciones gubernamentales como a través de ellas⁷⁰.

El compromiso del estado, o partes del mismo, con individuos o grupos en la sociedad que tan acertadamente enfatizan los institucionalistas históricos no ha sido un proceso estático sino mutuamente transformador. Una crítica al enfoque de la elección racional de los institucionalistas ha sido su aceptación de los objetivos, estrategias y preferencias como dados (y a menudo fijados) más que como cambiantes de forma significativa a lo largo del tiempo⁷¹. Podríamos añadir que el mismo proceso de interacción entre gobernante y gobernado, analizado de forma tan convincente por un institucionalista de la elección racional como Levi, cambia sustancialmente ambos. Esta transformación mutua puede limitar la utilidad de la metodología de la elección racional. El compromiso entre el estado y la sociedad implica la creación de alianzas y coaliciones. Además, implica también, para cada parte de la negociación, la incorporación de una nueva base material así como de

⁶⁷ HAGOPIAN, *op. cit.*

⁶⁸ COLLIER y COLLIER, *op. cit.*

⁶⁹ BOONE, *op. cit.*

⁷⁰ BOONE, Catherine, "States and Ruling Classes in Postcolonial Africa: The Enduring Contradictions of Power", en Joel S. Migdal, Atul Kohli y Vivienne Shue (eds.), *State Power and Social Forces*, Cambridge University Press, Nueva York, 1994, p. 133.

⁷¹ THELEN y STEINMO, *op. cit.*

nuevas ideas y valores dentro de su constitución. Este proceso de incorporación de nuevos grupos constitutivos y de sus ideas transforma las preferencias y las bases para la acción del actor original. Lo que los teóricos de la elección racional suponen que es fijo puede muy bien ser un objetivo en movimiento. Más allá de la coerción, por tanto, ¿por qué la gente ha obedecido las normas y decretos del estado? Los institucionalistas históricos, como vimos, responden señalando el cálculo que los individuos dentro de los confines de las reglas y procedimientos, y de su comportamiento rutinario dentro de las posibilidades que proporcionan las instituciones existentes. Dibujan las acciones de los sujetos del estado como si estuvieran atados a una rueda de molino que gira sin cesar, creando estrategias viables de *supervivencia* (no de maximización) —o para “satisfice”⁷², de acuerdo al término de James G. March y Johan P. Olsen⁷³—. Las instituciones crean rutinas, e incluso con la coerción sólo como una amenaza lejana, las rutinas aseguran una obediencia significativa⁷⁴.

Otra respuesta al por qué y al cómo los estados pueden evitar tener que situar policías cada cincuenta metros es mucho más complicada. Para comprenderlo completamente, los politólogos de la política comparada deben recurrir al enfoque culturalista y desarrollar nuevas herramientas dentro de este género. La respuesta descansa sobre la premisa de que en los individuos, como escribió Shils, hay un “estado de consciencia el cual incluye una conciencia de un yo que reside en ellos, los incluye y los trasciende”⁷⁵. Es decir, los humanos no son sólo animales que van en pandilla, creando instituciones para sí mismos. También tienen concepciones sobre sí mismos como miembros de la pandilla y de ésta como algo con una vida más allá de su existencia personal. Esas “pandillas” son sociedades, que en la historia humana han adoptado todas las formas y tamaños —es decir, con configuraciones institucionales diversas⁷⁶.

¿Cómo se han formado las sociedades? Lauren Berlant escribió que “el accidente de nacer dentro de una frontera geográfica/política transforma a los individuos en sujetos de una historia colectiva. Sus iconos tradicionales, sus

⁷² N. d. T.: El término se atribuye a Herbert Simon. Es la suma de “satisfy” y “suffice”, queriendo expresar aquella decisión sobre un proceso que lleva a elegir no la posición óptima sino aquella que consigue hacer al que decide lo suficientemente feliz. Con otras palabras, satisfacer los requisitos suficientes para conseguir el objetivo.

⁷³ MARCH y OLSEN, *op. cit.*

⁷⁴ LANE, Ruth, *The Art of Comparative Politics*, Allyn and Bacon, Boston, 1997, ps. 114-22.

⁷⁵ SHILS, *op. cit.*, p. VII.

⁷⁶ “No tiene sentido preguntarse sobre cómo los individuos llegan a asociarse. Existen y operan en asociación”. DEWEY, John, *The Public and Its Problems*, Henry Holt, Nueva York, 1927.

metáforas, sus héroes, sus rituales y sus narrativas proporcionan un alfabeto para una conciencia colectiva”⁷⁷. Este alfabeto compartido impone una disciplina a la gente, moldeando su discurso y su acción. Como el estado teatral de Geertz, los sujetos de Berlant han sido atraídos hacia el atrezzo y la pompa, hacia las historias y metáforas, lo que les separa de los que están fuera. La formación de sociedades lleva, de nuevo en palabras de Shils, a algún grado de “autoridad y al mantenimiento del orden”, o en nuestras palabras, a algún ápice de obediencia y de conformidad⁷⁸.

Esta comprensión de la sociedad, observa Shils, “no podría reducirse a un equilibrio de mercado de los intereses o a un producto de la coerción”⁷⁹. Con otras palabras, ni la policía en cada cruce ni las concesiones que los individuos calculadores hacen al pensar estrategias de supervivencia, pueden explicar completamente la obediencia y la conformidad. Para Shils una gran parte de la explicación está en la interiorización de la sociedad por parte de las personas, su “auto-conciencia colectiva”. La gente obedece, desde su punto de vista, porque sus identidades personales están inextricablemente ligadas a la existencia de una unidad mayor; sus identidades dependen de la viabilidad de las normas, escritas o no, que mantienen a ese grupo mayor⁸⁰.

Así, la sumisión a las normas del grupo mantiene no sólo a la colectividad sino también al individuo cuya identidad descansa en la existencia continua del grupo; la obediencia y la conformidad son partes integrantes del establecimiento y mantenimiento de la propia identidad. En sociedad, cualquier número de grupos u organizaciones podría asegurar su conformidad continua —“la familia, el grupo de parentesco, la asociación vecinal, la comunidad de mercado y otras asociaciones variadas creadas para algún fin específico”⁸¹. La propia identidad personal descansa sobre la viabilidad continua de la propia familia (o algún otro grupo), así que los individuos se comportan de formas que mantienen ese grupo vivo y próspero. En el siglo XX y durante muchos siglos antes, ha sido el estado el que ha reclamado esa obediencia, tomando las riendas de la autoridad y del mantenimiento del orden.

⁷⁷ BERLANT, Lauren, *The Anatomy of National Fantasy: Hawthorne, Utopia and Everyday Life*, University of Chicago Press, Chicago, 1991, p. 20.

⁷⁸ SHILS, *op. cit.*, p. VII.

⁷⁹ *Ibid.*, p. XII.

⁸⁰ “Las identidades... producen fronteras sociales permitiendo que tanto sus miembros individuales como los grupos y las colectividades dentro de comunidades reales o deseadas, existentes o imaginarias, den sentido al ‘nosotros’ frente al ‘ellos’”. MOORE, Dalia y KIMMERLING, Baruch, “Individual Strategies of Adopting Collective Identities: The Israeli Case”, *International Sociology*, nº 10, diciembre de 1995.

⁸¹ WEBER, Max, *Max Weber on Law in Economy and Society*, ed. Max Rheinstein, Harvard University Press, Cambridge, 1954, p. 342.

Pero el estado ha creado algunos problemas especiales a este respecto. Una distinción clave de la era moderna, como señalé, ha sido las extensas demandas de los líderes del estado y los funcionarios —si no reclamar total obediencia y conformidad directamente, sí al menos para el estado ser el paraguas bajo el que otros grupos u organizaciones pueden ganar y asegurar su autoridad. Sí, las familias pueden ejercer autoridad sobre sus miembros, especialmente sobre los niños y (a menudo) las mujeres, o los empresarios pueden crear reglas para sus trabajadores. Pero deben hacerlo dentro de los parámetros fijados por el estado, afirman los líderes del estado. Si una familia ejerce su autoridad abusando de sus niños, o un empresario fija normas discriminatorias, el estado tomará cartas en el asunto, incluso hasta el punto de disolver la familia. Entonces, en un sentido fundamental, el estado aparece para situarse por encima y aparte del resto de la sociedad. Incluso si la imagen real de los estados permaneciendo por encima de la sociedad es defectuosa, como observa Mitchell, los líderes esperan conseguir, al menos, un “efecto fantasmal”⁸², en el que el estado parece estar por encima de la sociedad, con un dedo en cada olla. Con las palabras de John Breuilly, existe una “distinción entre el estado y la sociedad, peculiar del mundo moderno”⁸³.

Pero, tan importante como la caracterización público-privado (o su apariencia) sea para el establecimiento de un estatus especial de la autoridad del estado, también ha creado enormes problemas para los funcionarios del estado a la hora de pedir obediencia. La apariencia de un golfo que separa al estado del resto de la sociedad hace difícil para sus líderes tener acceso a una base de autoridad más allá de la coerción o de “los intereses en un equilibrio de mercado” para individuos calculadores. Como una entidad que aparenta estar *aparte* de la sociedad y de sus individuos, tiene dificultad para obtener conformidad a través de individuos que ligan sus identidades personales a una colectiva de la cual sienten autoconscientemente formar *parte*. Esta es la paradoja del estado moderno, una que teórica y prácticamente nos lleva a la concepción del estado limitado.

El reto para los líderes políticos ha sido cómo mantenerse *aparte* de la sociedad —el estado como la autoridad última— al mismo tiempo que, de alguna forma, siguen beneficiándose de la “autoconciencia colectiva” de la gente, su sentido de pertenencia a algo mayor que ellos mismos de lo cual son una *parte*

⁸² MITCHEL, *op. cit.*, p. 91.

⁸³ BREUILLY, John, *Nationalism and the State*, University of Chicago Press, Chicago, 1994, p. 390.

integrante⁸⁴. O, para plantear el problema de una forma diferente, los líderes del estado y sus agencias han buscado formas para cambiar a aquellos a los que gobiernan desde la situación de sujetos desconectados del gobierno del estado a algún otro estatus que conectaría sus identidades personales a la existencia continuada y vitalidad del estado. Y los gobernantes del estado han buscado establecer esta conexión mientras que todo el tiempo tenían a las instituciones estatales, como los tribunales, permanecían como la autoridad y el árbitro últimos, y se mantenían en una continua relación objeto-*sujeto* con ellos.

Los funcionarios se han ocupado de la paradoja de que el estado parezca estar por encima de la sociedad pero necesitando aparentar ser un componente de la sociedad de varias formas, cada una de las cuales buscaba transformar la sociedad. Una ha sido la vía comunista, eliminando completamente la sociedad. En este caso, el nuevo estatus del individuo es el de funcionario del estado, un papel reservado no sólo para un subconjunto selecto de la población (los funcionarios públicos) sino aplicable a todos. La población no es una sociedad en el sentido de que sus partes han sido despojadas de autoridad y no juega un papel activo en la conciencia colectiva del pueblo. Aquellos que a fuerza de su origen de clase son considerados indignos del nuevo estatus pueden ser socializados de nuevo en él durante un periodo de transición o, en el peor de casos, eliminados completamente. La nueva identidad de los individuos (como el “nuevos hombre y mujer soviéticos”) indica una autoconciencia colectiva que gira completamente alrededor del estado; no hay una sociedad separada, caracterizada por su propia “autoridad y mantenimiento del orden”. A través del nudo poder y de una variedad impresionante de símbolos teatrales, los líderes comunistas buscaron el extraordinariamente ambicioso resultado de hacer del estado la única entidad con autoridad y, de esta forma, el único con el que las personas podían basar sus propias identidades.

Un camino bastante más común para la transformación de la sociedad implica, tal y como lo expresó Breuilly, abolir completamente la distinción entre el

⁸⁴ El problema para los estados está relacionado con lo que planteó Habermas en relación a la crisis de legitimación del estado. Escribe, “El Estado debe procurarse un resto de no-conciencia para que sus funciones planificadoras no le deparen responsabilidades que no podría resolver sin resultar sobrepasado... Con ese fin las funciones instrumentales de la administración se protegen con dispositivos selectores: símbolos expresivos que pueden suscitar una aquiescencia no específica”, p. 89-90. HABERMAS, J., *Legitimation crisis*, Beacon Press, Boston, 1975. Pero al final señala: “Vimos que el estado no puede hacerse cargo sencillamente del sistema cultural...”, p. 94. El papel administrativo (autoritario) del estado no coexiste fácilmente con un papel cultural, independientemente de cuánto teatro se emplee (Habermas ofrece como ejemplos de este teatro el uso simbólico de las vistas judiciales, las fórmulas jurídicas y otros).

estado y la sociedad a través del nacionalismo⁸⁵. En este caso, la transformación de la sociedad proviene de la creación de un subconjunto de la misma, la *nación*, y un estatus especial para aquellos definidos como nacionales. Los líderes del estado nacionalista han buscado eliminar la percepción de que el estado está por encima de la sociedad y promover una visión alternativa, que el estado y la sociedad son indistinguibles en su propósito, si no en su forma.

Este no es el lugar para revisar la literatura voluminosa y creciente sobre el nacionalismo. Pero es importante observar que el nacionalismo ha sido utilizado para erosionar la división estado-sociedad; los estados han buscado una obediencia y una conformidad ampliadas a través de la confluencia, más que de cualquier otra cosa, de la identidad personal con la autoconciencia colectiva de la nación. Como la expresión de la soberanía nacional, el estado ha buscado obtener conformidad más allá de lo que podría esperar de la coerción y apelando al cálculo de los individuos resolviendo sus estrategias de supervivencia⁸⁶. Su autoridad puede aceptarse de buena gana si es una extensión o fuente de la identidad individual. El estado se convierte entonces en la personificación de la nación, y las personas que se identifican a sí mismas primeramente como nacionales ven su propio bienestar y el del estado como indistinguibles.

Esta perspectiva aparece de forma predominante en los análisis culturalistas del nacionalismo. Escritores tan opuestos como Anthony D. Smith y Benedict Anderson señalan cómo los mitos nacionalistas han vinculado a los individuos ente sí y al estado-*nación*⁸⁷. "El mito peculiar del nacionalismo con respecto a la nación", escribe Smith, "puede verse como una narrativa dramática particularmente potente y atractiva, que vincula el pasado, el presente y el futuro a través del carácter y el papel de la comunidad nacional"⁸⁸. Mientras que Smith minimiza la modernidad en cuanto a influencia formativa de la creación de la nación, Anderson ve a la nación como relacionada integralmente con el auge moderno del capitalismo. Pero Anderson también enfatiza los mismos vínculos culturales: "Incluso los miembros de la nación más pequeña no conocerán nunca a la mayoría de sus correligionarios, ni se encontraran con ellos, ni incluso oirán hablar de ellos, sin embargo en las

⁸⁵ BREUILLY, *op. cit.*, p. 390.

⁸⁶ STERN, Paul C., "Why do People Sacrifice for Their Nations?" en *Political Psychology*, n° 16, 1985, ps. 217-35.

⁸⁷ Véase en: SMITH, Anthony D., "Myth of the 'Modern Nation' and the Myths of Nations", *Racial Studies*, n° 11, enero de 1988, ps. 1-26; ANDERSON, Benedict, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Verso, Londres, 1991.

⁸⁸ SMITH, *op. cit.*, p. 2.

mentales de todos vive la imagen de su comunión”⁸⁹. Y esa comunión está relacionada con el estado: “Las naciones sueñan con ser libres... La garantía y el emblema de su libertad es el estado soberano”⁹⁰. Como indica Berdun Guibernau, “El estado favorece el nacionalismo como un medio para aumentar los vínculos que existen entre sus ciudadanos”⁹¹ —y, se podría añadir, para vincularlos con el estado mismo.

Quizás el párrafo anterior hace de toda la empresa de creación del estado-nación parezca demasiado manipuladora. Las interpretaciones profundas de los funcionarios del estado y de ciertos grupos sociales y la asimilación de los iconos, narrativas y metáforas dentro de la teatralidad del gobierno transforman a ambos, gobernantes y gobernados. La cultura política resultante, que fusiona las identidades individuales en una identidad colectiva centrada en el estado, puede convertirse en un conjunto incontestado de suposiciones (una hegemonía cultural) para los funcionarios del estado tanto como para otros en la sociedad. La noción de manipulación consciente de tal cultura por parte de los funcionarios del estado puede dar una perspectiva demasiado racionalista a este fenómeno.

Ni los intentos de los estados comunistas de abolir la sociedad ni el pretendido efecto del nacionalismo de eliminar la distinción estado-sociedad han liberado al estado de su atadura paradójica. En ningún lugar, ni siquiera en la Unión Soviética de Stalin, una sociedad con autoridad propia ha desaparecido completamente⁹². Y la eliminación total de la frontera entre el estado y la sociedad a través del nacionalismo ha sido imposible también.

Ciertamente los estados han rediseñado las sociedades con algún éxito, redefiniendo las fronteras sociales para ajustarse a los límites del estado (o a sus límites deseados). Como escribió Michael Schudson, “El estado-nación moderno utiliza conscientemente la política de la lengua, de la educación formal, de los rituales colectivos y de los medios de información de masas para integrar los ciudadanos y asegurar su lealtad”⁹³. Los que utilizan una perspectiva culturalista han señalado cómo los líderes del estado han usado el ritual y otros medios para

⁸⁹ ANDERSON, *op. cit.*, p. 6.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 7.

⁹¹ GUINBERNAE, Berdun y MONSERRAT, María, *Nationalisms: The Nation-State and Nationalism in the Twentieth Century*, Harvard University Press, Cambridge, 1996, p. 70.

⁹² JOWITT, Kenneth, *New World Disorder: The Leninist Extinction*, University of California Press, Berkeley, 1992, p. 54.

⁹³ SCHUDSON, *op. cit.*

difuminar la distinción entre el estado y la sociedad y hacer que los individuos desarrollen un interés en el bienestar del estado. Los rituales han vinculado a los individuos con la sociedad y entre ellos⁹⁴, y con el estado como la representación putativa de la sociedad⁹⁵. David Kertzer, un antropólogo, ve esta conexión como esencialmente no racional: “Para nosotros, la realidad política se define en primer lugar a través de un ritual y nuestras creencias se reafirman a continuación mediante la expresión colectiva regular”⁹⁶. Podemos añadir que la dimensión no racional puede aplicarse a los funcionarios del estado también; ellos pueden estar expresando costumbres culturales propias tanto como un plan muy bien definido para utilizar los símbolos como el camino hacia el control social efectivo.

En resumen, los culturalistas —desde Geertz hasta los que escriben sobre nacionalismo— nos proporcionan una imagen del estado como el que usa y representa una narrativa dominante. Esta narrativa tiene múltiples funciones en sus formulaciones. En primer lugar, sirve como base para mantener al estado unido, para prevenir que sus múltiples partes se dispersen en diferentes direcciones. En segundo lugar, vincula a los ciudadanos entre sí y con el estado, subvirtiendo otras narrativas y por tanto la posibilidad de otras estructuras autoritarias autónomas. Y en tercer lugar, la narrativa dominante crea los límites y las posibilidades de las instituciones implicadas en el control social.

Esta imagen de la narrativa dominante requiere sin embargo una modificación. También mira, primero y antes de nada, al estado y su construcción como fenómeno que se sostiene por sí mismo (más que al estado en la sociedad) y por lo tanto tiende a exagerar el poder del estado o incluso la apariencia de ese poder. Las narrativas dominantes que eliminan otras narrativas son imposibles de mantener, como afirmó Cover⁹⁷. En el mejor de los casos, en un momento de epifanía puede existir tal uniformidad. Pero rápidamente deja lugar para la creación de narrativas alternativas y disidentes. Quizás en las sociedades antiguas estas disonancias podían manejarse con el exilio, la secesión o la muerte. Pero las sociedades modernas no pueden evitar la existencia de narrativas múltiples; son multiculturales de manera irrevocable.

⁹⁴ DURKHEIM, Emile, *The Elementary Forms of the Religious Life*, Allen & Unwin, Londres, 1915; KERTZER, David, *Ritual, Politics and Power*, Yale University Press, New Haven, 1988, p. 10.

⁹⁵ WILENTZ, *op. cit.*; SIU, *op. cit.*

⁹⁶ KERTZER, *op. cit.*, p. 95.

⁹⁷ MINOW, RYAN y SARAT (eds.) *op. cit.*

Algunos culturalistas han señalado este proceso de creación de narrativas múltiples. Afirman que la distinción entre el estado y la sociedad —el objetivo del estado de mantenerse apartado como autoridad última— es bastante opuesto al reforzamiento del control social. Crea aberturas para la oposición y la distinción. Nicholas B. Dirks llega a este punto de manera potente: “Debido a la centralidad de la autoridad para el proceso ritual, el ritual ha sido siempre un lugar crucial de lucha, implicando tanto las demandas de autoridad como las luchas contra (y dentro) de la misma... Podemos ver que la resistencia a la autoridad ocurre en los momentos y lugares en que uno menos se espera”⁹⁸. Añade, “Al mismo tiempo esta representación, en el discurso o en el acontecimiento, hace reclamaciones rituales al orden, la representación en sí misma se convierte en el objeto de la lucha”⁹⁹.

Dirks escribió sobre la India. Otros, escribiendo teóricamente o sobre diferentes países, también se opusieron a la noción de unidad cultural insinuada en los trabajos de Durkheim y de Shils¹⁰⁰. En México, Gilbert M. Joseph y Daniel Nugent, observaron que, “El poder del estado, especialmente del estado capitalista, ha sido de importancia primordial proporcionando algunos de los lenguajes en términos de los cuáles grupos subordinados han iniciado sus luchas por la emancipación, en particular en el siglo XX”¹⁰¹. William Roseberry se refiere en México a “la problemática relación entre el estado hablante y la audiencia distraída”¹⁰². La uniformidad o universalidad que subyace a una imagen de ausencia de distinción entre el estado y la sociedad cae víctima de todo tipo de refracciones y de la diversidad “como las leyes, decretos, programas y procedimientos del estado central son aplicados en regiones particulares, cada una de las cuales está caracterizada por modelos distintos de desigualdad y dominación”¹⁰³.

Conclusión

Volviendo a mi primera pregunta —¿qué es lo que hace moderno al estado moderno?— puedo ahora añadir que no ha sido sólo la magnitud total de las demandas del estado sobre los individuos que gobierna en términos de impuestos, comportamiento social y personal y cosas similares. También ha sido el efecto de

⁹⁸ DIRKS, Nicholas B., “Rituals and Resistance: Subversions as a Social Fact”, en DIRKS, Nicholas B.; ELEY, Geoff; ORTNER, Sherry B., (eds.) *Reader in Contemporary Social Theory*, Princeton University Press, Princeton, 1994, ps. 487-488.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 502.

¹⁰⁰ ARCHER, *op. cit.*; SCHUDSON, *op. cit.*; SIU, *op. cit.*

¹⁰¹ JOSEPH y NUGENT, *op. cit.*, p. 13.

¹⁰² ROSEBERRY, William, “Hegemony and the Language of Contention”, en JOSEPH, Gilbert y NUGENT, Daniel, (eds.) *op. cit.*, p. 365.

¹⁰³ ROSEBERRY, *op. cit.*

los estados a través de sus prácticas para ratificar su derecho sobre todos los demás a la conciencia colectiva, esto es, de una identidad de la nación. De nuevo, en palabras de Berlant, el estado ha estado en el centro de las luchas por la historia colectiva del pueblo, “sus iconos tradicionales, sus metáforas, sus héroes, sus rituales y sus narrativas”. Al hacerlo, los líderes y las agencias de los estados han estado en el centro de la redefinición de las fronteras sociales para que coincidieran con las fronteras políticas reales o deseadas, un proceso tan exclusivo (al apartar a aquellos que se quedan fuera de las fronteras físicas o metafóricas) como inclusivo (al crear una conciencia colectiva dominante). En resumen, a través de símbolos e instituciones los estados han estado en el centro de la reinvencción de la sociedad.

Pero incluso donde los estados han secuestrado con éxito a los jóvenes durante treinta horas semanales, no han garantizado de ninguna manera la victoria en el esfuerzo ambicioso de definir la conciencia colectiva. Tanto los factores globales fuera del control estatal como los elementos internos de la sociedad han logrado desbaratar o modificar la emergencia de una conciencia colectiva diseñada por el estado. Puesto que buena parte de la capacidad para lograr que la gente haga lo que uno quiere descansa en la autoridad que proviene de la conciencia colectiva, no es sorprendente que haya existido una importante disputa sobre quién la define e intenta beneficiarse de ella. Esas luchas dentro de los estados y entre los estados y otras fuerzas sociales y sus resultados diversos, en diferentes lugares y momentos, son de enorme interés para los politólogos. En ciertas ocasiones, esas luchas pueden llevar a la desintegración social y política, incluso a la masacre indiscriminada de la población. En otros casos, mientras que no se pueda decir que existe una narrativa dominante, la noción de Laitin de “puntos de interés” compartidos indica que existe algún pegamento cultural. Debemos analizar esos puntos si queremos comprender la existencia continuada del estado y de la sociedad y sus modelos particulares de interpenetración.

En el mundo contemporáneo, los individuos han vivido en una cantidad de formaciones sociales cruciales —naciones, estados, grupos étnicos y otro tipo de grupos sub-nacionales, sociedad civil, economía global y otros. Todos ellos han creado autoridad, o al menos lo han intentado, haciendo demandas poderosas sobre el comportamiento y la psique de la gente. En ocasiones esas demandas han sido complementarias, incluso reforzando puntos de interés compartidos, y en otros casos sus estipulaciones han entrado frontalmente en conflicto. Al crear las categorías de ciudadano o miembro de una nación, los líderes del estado han

intentado de hecho domesticar a las otras formaciones sociales, neutralizando su impacto o subordinando su autoridad o eliminándolas completamente. Estos esfuerzos del estado ciertamente no son novedosos; están ahí hace más de medio milenio y constituyen el impulso de los estados para crear la soberanía.

La soberanía del estado ha sido, sin embargo, esquivada. Mientras que los esfuerzos en Westfalia en el siglo XVII se dirigieron a codificar e institucionalizar un continente de estados soberanos en Europa, desde entonces los estados han continuado enfrentándose siempre a desafíos a lo largo de dos ejes distintos. Tanto las fuerzas que tienen origen fuera de las fronteras que el estado reclama para sí, como aquéllas, dentro de esas mismas fronteras, que han contestado los esfuerzos del estado por monopolizar el ejercicio de la autoridad. El resultado ha sido el estado limitado.

Los estados han sido incapaces de transformar las sociedades lo suficiente como para resolver la paradoja de estar al mismo tiempo aparte de la sociedad y ser parte de la misma. Más que eso, el compromiso del estado con la sociedad, el cual ha creado espacios de lucha y discrepancia en la sociedad subvirtiendo los esfuerzos del estado hacia la uniformidad, ha transformado también al estado. La transformación mutua del estado y de la sociedad ha llevado a la articulación de coaliciones competitivas que han atravesado al estado y a la sociedad, y que han difuminado las líneas entre ellos. Es en estos acuerdos institucionales dinámicos en los que se debe ahora enfocar el estudio del estado —una organización dividida y limitada en los tipos de obediencia que puede reclamar. Debemos abandonar los enfoques que aíslan al estado como una unidad de análisis. Para hacer esto debemos desarrollar los medios para combinar los esfuerzos de los institucionalistas históricos y de los culturalistas, los cuales, hasta ahora, han trabajado mayoritariamente en un espléndido aislamiento los unos de los otros.

* **Joel S. Migdal** es profesor de Estudios Internacionales en la Escuela Henry M. Jackson de Estudios Internacionales de la Universidad de Washington. Algunas de sus publicaciones más destacadas son *Strong Societies and Weak States* o *Boundaries and Belonging*.

Este texto es el capítulo 8 del libro *State in Society: Studying How States and Societies Transform and Constitute One Another*, publicado por Cambridge University Press, Cambridge, 2001.

Traducido con permiso del autor por **Antonio ÁVALOS**.

BIBLIOGRAFÍA:

- ALMOND, Gabriel A. y VERBA, Sydney, *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*, Princeton University Press, Princeton, 1963.
- ANDERSON, Benedict, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Verso, Londres, 1991.
- ARCHER, Margaret S., "The Myth of Cultural Unity", *British Journal of Sociology*, no. 36, Septiembre 1985.
- BARKER, Rodney, *Political Legitimacy and the State*, Oxford University Press, Nueva York, 1990.
- BATES, Robert H., *Beyond the Miracle of the Market: The Political Economy of Agrarian Development in Kenya*, Cambridge University Press, Nueva York, 1989.
- BATES, Robert H., *Markets and States in Tropical Africa: The Political Basis of Agricultural Policies*, University of California Press, Berkeley, 1981.
- BERLANT, Lauren, *The Anatomy of National Fantasy: Hawthorne, Utopia and Everyday Life*, University of Chicago Press, Chicago, 1991.
- BOONE, Catherine, "States and Ruling Classes in Postcolonial Africa: The Enduring Contradictions of Power", en Joel S. Migdal, Atul Kohli y Vivienne Shue (eds.), *State Power and Social Forces*, Cambridge University Press, Nueva York, 1994.
- BOONE, Catherine, *Merchant Capital and the Roots of State Power in Senegal*, Cambridge University Press, Nueva York, 1992.
- BREUILLY, John, *Nationalism and the State*, University of Chicago Press, Chicago, 1994.
- CAMILLERI, Joseph A. y FALK, Jim, *The End of Sovereignty? The Politics of a Shrinking and Fragmenting World*, Edward Edgar, Brookfield, 1992.
- COLLIER, Ruth B. Y COLLIER, David, *Shaping the Political Arena: Critical Junctures, the Labor Movement, and Regime Dynamics in Latin America*, Princeton University Press, Princeton, 1991.
- CUMMINGS, Meredith Woo, *Race to the Swift: State and Finance in Korean Industrialization*, Columbia University Press, Nueva York, 1991.
- DEWEY, John, *The Public and Its Problems*, Henry Holt, Nueva York, 1927.
- DIRKS, Nicholas B., "Rituals and Resistance: Subversions as a Social Fact" en Nicholas B. Dirks, Geoff Eley y Sherry B. Ortner (eds.), *Reader in Contemporary Social Theory*, Princeton University Press, Princeton, 1994.
- DUCHACEK, Ivo D., LATOUCHE, Daniel y STEVENSON, Garth, *Perforated Sovereignties and International Relations: Trans-Sovereign Contacts of Subnational Governments*, Greenwood Press, Nueva York, 1988.
- DURKHEIM, Emile, *The Elementary Forms of the Religious Life*, Allen & Unwin, Londres, 1915.
- ELKINS, David J., *Beyond Sovereignty: Territory and Political Economy in the Twenty-First Century*, University of Toronto Press, Toronto, 1995.
- ERFANI, Julie A., *The Paradox of the Mexican State: Rereading Sovereignty from Independence to NAFTA*, Lynne Rienner, Boulder, CO, 1995.
- ESHERICK, Joseph W. y WASSERSTROM, Jeffrey N., "Acting Out Democracy: Political Theater in Modern China", *Journal of Asian Studies*, no. 49, noviembre, 1990. ps. 835-65.
- EVANS, Peter B., *Embedded Autonomy: States and Industrial Transformation*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1995.
- EVANS, Peter, RUESCHEMEYER, Dietrich y SKOCPOL, Theda, *Bringing the State Back In*, Cambridge University Press, Cambridge, Reino Unido, 1985.
- GEDDES, Barbara, *Politician's Dilemma: Building State Capacity in Latin America*, University of California, Berkeley, 1994.

- GEERTZ, Clifford, *Local Knowledge: Further Essays in Interpretative Anthropology*, Basic Books, Nueva York, 1983.
- GEERTZ, Clifford, *Negara: The Theatre State in Nineteenth-Century Bali*, Princeton University Press, Princeton, 1980.
- GEERTZ, Clifford, *The Interpretation of Cultures: Selected Essays*, Basic Books, Nueva York, 1973.
- GOLDSTONE, Jack A., *Revolution and Rebellion in the Early Modern World*, University of California Press, Berkeley, 1991.
- GOTTLIEB, Gidon, *Nations Against State: A New Approach to Ethnic Conflicts and the Decline of Sovereignty*, International Publishers, Nueva York, 1971.
- GRAMSCI, Antonio, *Selections from the Prison Notebooks*, ed. Quintin Hoare y Geoffrey N. Smith, International Publishers, Nueva York, 1971.
- GUINBERNAE, Berdun y MONSERRAT, María, *Nationalisms: The Nation-State and Nationalism in the Twentieth Century*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1996.
- HABERMAS, J., *Legitimation crisis*, Beacon Press, Boston, 1975.
- HAGGARD, Stephen, *Pathways from the Periphery: The Politics of Growth in the Newly Industrializing Countries*, Cornell University Press, Ithaca, NY, 1990.
- HAGOPIAN, Frances, *Traditional Politics and Regime Change in Brazil*, Cambridge University Press, Nueva York, 1996.
- HUNTINGTON, Samuel P., *Political Order in Changing Societies*, Yale University Press, New Haven, 1968.
- JACKMAN, Robert H., *Power Without Force: The Political Capacities of Nation-States*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1993.
- JACKSON, Robert H. y JAMES, Alan (eds.), *States in a Changing World: A Contemporary Analysis*, Clarendon Press, Oxford, 1993.
- JOSEPH, Gilbert M. y NUGENT, Daniel (eds.), *Everyday Forms of State Formation: Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico*, Duke University Press, Durham, 1994.
- JOWITT, Kenneth, *New World Disorder: The Leninist Extinction*, University of California Press, Berkeley, 1992.
- KATZNELSON, Ira, "Structure and Configuration in Comparative Politics", en Mark Lichbach y Alan Zuckerman (eds.), *Comparative Politics: Rationality, Culture and Structure*, Cambridge University Press, Nueva York, 1997.
- KELLER, Edmond J. y ROTHCHILD, Donald, *Africa in the New International Order: Rethinking State Sovereignty and Regional Security*, Lynne Rienner, Boulder, 1996.
- KERTZER, David, *Ritual, Politics and Power*, Yale University Press, New Haven, 1988.
- KOELBLE, Thomas A., "The New Institutionalism in Political Science and Sociology", *Comparative Politics*, nº 27, enero de 1995.
- KOHLI, Atul, *Democracy and Discontent: India's Growing Crisis of Governability*, Cambridge University Press, Nueva York, 1990.
- KRASNER, Stephen D., *Defending the National Interest: Raw Materials Investments and U.S. Foreign Policy*, Princeton University Press, Princeton, 1978.
- KUEHLS, TOM, *Beyond Sovereign Territory: The Space of Ecopolitics*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1996.
- LAITIN, David D., *Hegemony and Culture: Politics and Religious Change Among the Yoruba*, University of Chicago Press, Chicago, 1986.
- LANE, Ruth, *The Art of Comparative Politics*, Allyn and Bacon, Boston, 1997.
- LEVI, Margaret, "A Model, a Method, and a Map: Rational Choice in Comparative and Historical Analysis", en Mark Lichbach y Alan Zuckerman (eds.), *Comparative Politics: Rationality, Culture and Structure*, Cambridge University Press, Nueva York, 1997.

- LYONS, Gene M. y MASTANDUNO, Michael (eds.), *Beyond Wesphalia? State Sovereignty and International Intervention*, John Hopkins University Press, Baltimore, 1995.
- MANN, Michael, *The Sources of Social Power*, Cambridge University Press, Nueva York, 1986.
- MARCH, James G. y OLSEN, Johan P., *Rediscovering Institutions: The Organizational Basis of Politics*, Free Press, Nueva York, 1989.
- MIGDAL, Joel S., *Strong Societies and Weak States: State-Society Relations and State Capabilities in the Third World*, Princeton University Press, Princeton, 1988.
- MINOW, Martha, RYAN, Michael y SARAT, Austan (eds.), *Narrative Violence and the Law: The Essays of Robert Cover*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1993.
- MITCHELL, Timothy, "The Limits of the State: Beyond Statist Approaches and Their Critics", *American Political Science Review*, no. 85, marzo, 1991.
- MOORE, Barrington, Jr., *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*, Beacon Press, Boston, 1966.
- MOORE, Dalia y KIMMERLING, Baruch, "Individual Strategies of Adopting Collective Identities: The Israeli Case" en *International Sociology*, n° 10, diciembre, 1995.
- MOSCA, Gaetano, *The Ruling Class*, McGraw-Hill, Nueva York, 1939.
- NORDLINGER, Eric A., *On the Autonomy of the Democratic State*, Harvard University Press, Cambridge, 1981.
- NORTH, Douglass C., *Structure and Change in Economic History*, W. W. Norton, Nueva York, 1981.
- POLANYI, Karl, *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*, Beacon Press, Boston, 1944.
- RICHARDS, A. I., "Authority Patterns in Tradicional Buganda", en L. A. Fallers y A. I. Richards (eds.), *The King's Men: Leadership and Status in Buganda on the Eve of Independence*, Oxford University Press, Nueva York, 1964.
- ROSEBERRY, William, "Hegemony and the Language of Contention", en Gilbert Joseph y Daniel Nugent (eds.), *Everyday Forms of State Formation: Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico*, Duke University Press, Durham, 1994.
- ROSS, Mark, "Culture and Identity in Comparative Political Analysis", en Mark Lichbach y Alan Zuckerman (eds.), *Comparative Politics: Rationality, Culture and Structure*, Cambridge University Press, Nueva York, 1997.
- SANDERS, John T. Y NARVESON, Jan (eds.), *For and Against the State: New Philosophical Readings*, Rowman and Littlefield, Lanham, MD, 1996.
- SCHUDSON, Michael, "Culture and the Integration of National Societies", *International Social Science Journal*, n° 46, febrero, 1994.
- SHAPIRO, Michael J. y ALKER, Hayward R., *Changing Boundaries: Global Flows, Territorial Identities*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1996.
- SHILS, Edward, *The Constitution of Society*, University of Chicago Press, Chicago, 1972.
- SHUE, Vivienne, *The Reach of the State: Sketches of the Chinese Body Politic*, Standford University Press, Standford, 1988.
- SIU, Helen, "Recycling Rituals and Popular Culture in Contemporary China", en Perry Link, Richard Madsen y Paul G. Pickoviez (eds.), *Unofficial China: Popular Culture and Thought in the People's Republic*, Westview Press, Boulder, CO, 1989.
- SKOCPOL, Telda, *States and Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia and China*, Cambridge University Press, Nueva York, 1979.
- SMITH, Anthony D., "Myth of the 'Modern Nation' and the Myths of Nations", *Racial Studies*, no. 11, enero, 1988, ps. 1-26.

- SPRUYT, Hendrik, *The Sovereign State and Its Competitors: An Analysis of System Change*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1994.
- STERN, Paul C., "Why do People Sacrifice for Their Nations?", *Political Psychology*, n° 16, 1985.
- THELEN, Kathleen y STEINMO, Sven, "Historical Institutionalism in Comparative Politics", en STEINMO, Sven; THELEN, Kathleen; y LONGSTRETH, Frank, (eds.), *Historical Institutionalism in Comparative Analysis*, Cambridge University Press, Nueva York, 1992.
- THOMPSON, E. P., "Patrician Society, Plebian Culture", *Journal of Social History*, n° 7, verano 1974.
- TILLY, Charles, "War Making and State Making as Organized Crime", en Peter Evans, Dietrich Rueschemeyer y Theda Skocpol (eds.), *Bringing the State Back In*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985.
- VITALIS, Robert, *When Capitalists Collide: Business Conflict and the End of Empire in Egypt*, University of California Press, Berkeley, 1995.
- WALLERSTEIN, Immanuel, *The Modern World System: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World Economy in the Sixteenth Century*, Academic Press, Nueva York, 1974.
- WATERBURY, John, *Exposed to Innumerable Delusions: Public Enterprise and State Power in Egypt, India, Mexico, and Turkey*, Cambridge University Press, Nueva York, 1993.
- WEBER, Max, *Max Weber on Law in Economy and Society*, ed. Max Rheinstein, Harvard University Press, Cambridge, 1954.
- WEBER, Max, *Theory of Social and Economic Organization*, Free Press, Nueva York, 1964.
- WILENTZ, Sean, *Rites of Power: Symbolism, Ritual and Politics Since the Middle Age*, University of Philadelphia Press, Philadelphia, 1985.